Archivo de la

ANTONIO RAMOS MARTÍN

Lo que no se tiene

COMEDIA

en tres actos, en prosa, original



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1919

LO QUE NO SE TIENE

LO QUE NO SE TIENE

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO RAMOS MARTÍN 1885-

Estrenada en el TEATRO LARA el 26 de marzo de 1919

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup

TELÉFONO, M 551

1919

A Emilio,

Antonio.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ERNESTINA	Eloísa Muro.
TULITA	Carmen Ponce de León.
IGNACIA	Leocadia Alba.
PETRA	Elisa Méndez.
JUANA	Rita Lozano.
JOSÉ MARÍA	Luis Manrique.
VICENTE	Francisco Fuentes.
FAUSTINO	Miguel Gómez.

La acción en Madrid.—Epoca, la actual

ACTO PRIMERO

Despacho en casa de José María. Esta habitación está amueblada con exquisito gusto. Al foro hay un mirador. A derecha e izquierda de dicho balcón, librerias. En primer término izquierda mesa y sillón. En el centro de la escena dos butacas de terciopelo o de piel. Sillas y cuadros. Una puerta lateral izquierda y otras dos a la derecha. Las tres puertas están cubiertas por tapices. La acción se desarrolla en invierno y en las primeras horas de la tarde.

—

(Al empezar el acto la escena está sola. A los pocos momentos entra ERNESTINA por la primera puerta de la derecha. Ernestina tiene unos veintiocho años; viste con elegante traje de calle, sin sombrero; trae en una mano un llavero con numerosas llaves y en la otra una americana que tira sobre una de las butacas. Ernestina, precipitadamente, se dirige a la mesa, cuyos cajones intenta abrir.)

Ern. ¡Quiá! Ni por casualidad hay una llave que abra... Entre tantas, ni una siquiera... Esta parece que entra... Entra, sí; pero no da ni una vuelta tan sólo. (Con alegria.) ¡Ay! ¡Gracias a Dios! Esta sí que...(Con desilusión.)¡Tampoco! (Sigue probando unas cuantas llaves más, hasta que, cansada, arroja el llavero al suelo con rabia.) ¡Qué rabia! Si yo me dejara llevar de mis nervios en este momento, ahora mismo cogía un martillo y rompía las cerraduras, descerrajaba los cajones, deshacía la mesa. (Golpeando furiosamente el tablero de la mesa.) Sí, señor. ¡Vaya si la deshacía!... Si acaso entre estos papeles hubiera alguno que... (Revuelve

todos los que ordenadamente hay encima de la mesa, tirándolos al suelo con ligereza nerviosa.) ¡Sí, sí, haber! ¡Así que no son precavidos los hombres! Ni una carta, ni una tarjeta, ni un sobre... ni un indicio... (Después de haber registrado sin fruto la carpeta queda pensativa.) Y sin embargo, esta americana huele... (Cogiendo la que al entrar tiró encima de la butaca.) Y huele a perfume... y a un perfume que no es de los que yo uso. (Oliendo durante un rato la americana.) ¡Qué voy a usar yo esta porquería! Esta es una esencia muy fuerte y muy ordinaria... (Huele nuevamente la prenda.) ¡Uf! ¡Qué pachulí tan indecente! Esto no lo puede usar ninguna persona de buen gusto... Y en los bolsillos tampoco hay nada que me pueda indicar... (Registrándolos todos.) ¡Nada! Y a pesar de todo, esto huele a mujer, y a mujer que no soy yo... (En este momento sale por la segunda derecha la doncella y se dirige hacia la puerta de la izquierda.) Oiga usted, Petra.

Petra ¿Llama le señorita?

Ern. ¿A dónde va usted?

Petra A llevar esta ropa al gabinete de la señorita.

Ern. Venga usted aquí.

Petra (Acercándose.) ¿Qué desea la señorita?

Ern. ¿Usted cómo anda de olfato?

Petra ¿De qué, señorita?

Ern. De olfato... de nariz.

Petra A la vista está. Pero, la verdad, no entiendo lo que me quiere decir la señorita.

Ern. Huela usted. (Dándole la americana.)

Petra (Con extrañeza.) ¿Eh?

Ern. Que huela usted esto, mujer. (Metiéndole materialmente la americana por la nariz.)

Petra Voy, voy, señorita, (Cogiendo la prenda.)

Ern. Y dígame usted a lo que huele.

Petra (Aspirando con verdadero deleite el perfume de la americana.) ¡Qué perfume tan suave y tan delicado! ¡Lila!

Ern. ¿Eh?

Petra Esencia de lilas. (Vuelve a olerlo.) De esto mismo me regaló a mí un frasquito el novio que tenía en la casa en que estuve sirviendo antes de venir a ésta.

Ern. Sería algún soldado. Esto no lo puede regalar más que un soldado.

Petra ¡Ay! No lo crea la señorita. Que era un mu-

chacho empleado en Correos, un joven muy bien educado. Como que llevaba las uñas con brillo, usaba botines y gastaba gabardina con cinturón.

Ern. Bueno, bueno; está bien. (Quitando a Petra con violencia la americana.) Vaya usted a hacer su obligación.

Petra ¿Manda algo más la señorita?

Ern. Que se vaya usted.

Petra Con el permiso de la señorita. (Vase por la izquierda tocándose la puntita de la nariz.)

Ern. Esto, todo esto, he de ponerlo en claro, y muy pronto; no he nacido yo para las incertidumbres. No quiero ser una de tantas esposas resignadas que aguantan con paciencia las infidelidades de sus maridos; por lo mismo que yo quiero al mío con toda mi alma no consentiré que su cariño me lo robe una cualquiera. (Se pasea nerviosamente por la habitación.) ¡Ay, si yo cogiera en este momento a la que usa este perfume! ¡Ay, como sea verdad que me engaña! (Arroja al suelo con rabia la americana.) Capaz soy de coger a la que me lo entretiene y arañarla, patearla. ¡Si yo la tuviera a mis piés en estos momentos!... (Patea con verdadera furia la americana, al tiempo que por la primera puerta de la derecha aparece JOSE MARIA. Al verle, recoge precipitadamente la prenda y empieza a sacudirla. José María es un hombre de unos cuarenta años escasamente. Lleva bigote de largas guías, pero no exageradas; no ha entrado por la moda de los bigotitos recortados. Viste traje de casa y calza zapatillas.)

J. María ¿Qué estás haciendo, Ernestina?

Ern. Ya lo ves: sacudiéndote el polvo.

J. María (Reparando en los papeles que antes tiró Ernestina.) ¿Quién ha andado aquí? ¿Quién me ha revuelto la mesa de esta manera?

Ern. (Con turbación.) Yo, que...

J. María ¿Tú?

Ern. Sí, yo...

J. María ¿Pero qué has estado haciendo?

Ern. Pues... nada, que te estuve poniendo en orden los papeles; como los tenías tan desarreglados.

J. María Muy ordenados no están ahora.

Ern. Es que al abrir el balcón para ventilar un poco, como hace tanto aire, ¡puf! volaron.

J. María — Ya, ya veo que han volado.

Ern. — Yo misma te los recogeré. (Con mimo.) ¿Te enfadas por eso?

J. María — No, hija, ¡qué voy a enfadarme! (Le hace una caricia y se agacha para recoger los papeles. Al ir a acercarse a él Ernestina, se incorpora para entregarla el llavero que estaba tirado en el suelo.) ¿De quién son estas llaves?

Ern. — Son las mías; se conoce que se me cayeron antes. (José María vuelve a agacharse para recoger los papeles; ella se pone detrás de él y empieza a olfatearle con disimulo.) Huele; vaya si huele.

J. María — (Que al incorporarse tropieza con Ernestina.) ¿Qué haces, mujer?

Ern. — (Sacudiéndole la espalda.) Vuélvete, que estás todo lleno de yeso. (Le quita el polvo pegándole una verdadera paliza.) ¡Me engaña! ¡Me engaña! ¡Me engaña!

J. María — No pegues tan fuerte, que te entusiasmas y me haces daño.

Ern. — Ya está. No sé dónde te habrías arrimado; pero estabas imposible. (José María se dirige hacia la mesa.) ¿Vas a escribir? Si te molesto, me voy.

J. María — No; voy a ir ahora a vestirme para salir un rato.

Ern. — ¿Y a dónde vas? Digo, si puede saberse.

J. María — Por ahí, a dar una vuelta; sin rumbo fijo, a donde me quieran llevar los piés.

Ern. — Saldré contigo; estoy ya vestida; no tengo más que ponerme el abrigo y el sombrero.

J. María — (Rápidamente.) No; hoy, no. Otro día... mañana mismo; sí, eso, mañana.

Ern. — ¿Y por qué no hoy?

J. María — Porque... pues porque precisamente dentro de hora y media, a las cinco he de estar en el Círculo donde tengo citados a unos cuantos vecinos de Casas Viejas del Rey.

Ern. — ¿De dónde?

J. María — Unos electores; paletos de un pueblo del distrito. (Se sienta en una de las butacas.)

Ern. — ¡Ah, ya! (Sentándose en el brazo de la butaca que ocupa José María.)

J. María — (Muy cariñoso.) Ya saldremos juntos. Otro día será, ¡qué le vamos a hacer!

Ern. — (Aun más cariñosa que él.) Eso digo yo: ¡qué le vamos a hacer; otro día será!

J. María — Con nadie voy yo más a gusto que con mi mujercita.

Ern. — ¿De modo que estás citado con unos electores?

J. María — Sí; vienen a tratar del asunto del ferrocarril y del puente en construcción.

Ern. — ¿Y por qué no les has citado en casa?

J. María — Porque así estoy más cerca del Congreso... Y como iré acompañando a la Comisión para ver al ministro de Fomento... (Cogiendo una mano de Ernestina.) Y si por casualidad ves que llega la hora de cenar y no he venido, cena tú; no me aguardes.

Ern. — ¡Cómo! ¿No vas a cenar en casa?

J. María — No lo sé; tal vez no.

Ern. — Eso sí que me disgusta.

J. María — Es que probablemente tendré que invitarles. Son gente muy influyente en el distrito; suman muchos votos, y ¿que menos puede hacer su diputado que convidarles a cenar, llevarles luego al teatro, y a la salida a tomar un chocolatito? Esto lo agradecen mucho.

Ern. — O sea: que vendrás a casa a las tantas de la madrugada.

J. María — ¡A las tantas!... ¡Qué exagerada eres! A las dos o dos y media... lo más tarde a las tres.

Ern. — ¿Y te parece poco? Pues a mí me parece mucho, demasiado. Me disgusta extraordinariamente estar tantas horas separada de ti, y... no estoy acostumbrada a esto. (Se separa de su marido iniciando un pucherito.)

J. María — Ven aquí.

Ern. — (Resistiéndose débilmente.) Déjame.

J. María — Ven aquí, Ernestina. ¿No es lo excepcional que tu marido esté separado de su mujercita?

Ern. — Sí.

J. María — (Abrazándola.) Pues entonces, ¿qué más quieres?

Ern. — Quiero que lo excepcional no se vaya convirtiendo en lo corriente.

J. María — No se convertirá, yo te lo aseguro. Estas canas al aire no las echa tu José María más que de Pascuas a Ramos.

Ern. — Es que en unos cuantos días has echado al aire seis o siete lo menos.

J. María — Porque empiezan a salir con una frecuencia aterradora. Precisamente hace un momento me he arrancado una del bigote.

Ern. — ¿Del bigote?

J. María — Sí, de esta guía, y muy larga y muy blanca.

Ern. — Es raro que yo no la haya visto. Me sé a mi marido de memoria.

J. María — Ya ves, un detalle que se te había escapado.

Ern. — Y precisamente del bigote, que me gusta tanto.

J. María — Pues te puedes ir despidiendo de él.

Ern. — ¿Por qué?

J. María — Porque he decidido que caiga.

Ern. — ¿Cómo?

J. María — Afeitándomelo.

Ern. — ¡Quiá!

J. María — Ya lo creo.

Ern. — Te digo que no,

J. María — Si ya no lo lleva nadie. Tú fíjate y lo notarás: lo elegante, lo distinguido, es llevar la cara completamente limpia; nada de pelos en ella; pasó la época de los bigotes a lo mosquetero, de las guías con caracolitos, de las barbas rizadas, de las jacarandosas patillas, de las moscas y de las perillas. Hoy todo hombre «bien» debe ir bien afeitado. Quédense las barbas para los capuchinos y los franciscanos; las patillas para los bandoleros de novela de folletín; las perillas para los coroneles de opereta y los bigotes para los guardias de Orden público. Repito lo de antes: toda persona «bien» debe ir bien afeitada.

Ern. — Tú llevarás bigote mientras vivas; es decir, mientras yo viva. ¿Me entiendes «bien»?

J. María — ¡Pero si ya no se estila!

Ern. — Aunque no se estile.

J. María — Créemelo, Ernestina; pelillos a la mar.

Ern. — Nada de pelillos a la mar; le gusta a tu mujer y basta.

J. María — No comprendes qué...

Ern. — No comprendo nada. Te he conocido con este bigote y no me parecerías mi José María con la cara afeitada, limpia, como tú dices. No quiero que cambies, ni aun en eso.

J. María — ¿No ves que empiezan a salirme canas?

Ern. Yo te las iré arrancando una a una, con mucha paciencia. ¡O te las tiñes!

J. María ¡Qué asco! No seas tonta, ya verás qué bien estoy sin estos pelos que, bien mirado, son una porquería: se llenan de polvo y hasta pinchan cuando acerco mi cara a la de mi mujercita. (Acercándose a Ernestina.) ¿Me lo afeito?

Ern. No.

J. María Que me quito diez años de encima...

Ern. (Con resolución.) ¡No, no y no!

J. María Pero sí...

Ern. Tendremos un disgusto muy gordo.

J. María Bueno, mujer, bueno; no lo tendremos, ni gordo, ni flaco. Estate tranquila.

Ern. Así eres mi marido: de otro modo me parecerías un cura, un cómico o un torero y yo te quiero así siempre, aunque no seas distinguido y elegante, aunque... aunque... (Apoyándose en el hombro de su marido) ¡aunque me pinches!

J. María ¡Qué buena eres!

Ern. ¡Y cuánto te quiero!

J. María De eso estoy completamente seguro. (Va hacia la mesa silbando, lo más fuerte posible, la habanera del «Pom-póm».)

Ern. Y dale con la habanerita.

J. María Es que se me ha metido en el oído de tal modo, que desde que me levanto hasta que me acuesto estoy con el dichoso «Pom-pom.»

Ern. Yo creo que hasta dormido la cantas.

J. María No tendría nada de extraño. (Se dirige hacia el mirador y se pone a mirar a la calle y nuevamente silba el »Pom-pom.»)

Ern. ¿Otra vez?

J. María ¿Lo estás viendo? En cuanto me distraigo. La oí el otro día tocar en una pianola y se me ha quedado clavado el sonsonete.

Faust. (Desde la segunda puerta de la derecha.) ¿Dan los señores su permiso?

J. María ¿Qué hay?

Faust. (Dando a José María una tarjeta que trae en una bandeja.) Este caballero.

J. María ¡Ah, sí! Que pase.

(Vase Faustino.)

Ern. ¿Quién es?

J. María Vicente Acevedo.

Ern. Entonces me voy.

J. María — No, recíbele tú, mientras yo acabo de vestirme.

Ern. — Es que quería bajar a casa de Enriqueta para salir con ella, ya que tú no puedes acompañarme esta tarde.

J. María — Son cinco minutos nada más. Acabo en seguida.

Ern. — No tardes mucho.

J. María — Cinco minutos. (Vase por la primera derecha, después de tirarla un besito que ella recoge en el aire y se lo planta en una mejilla.)

Ern. — ¡Y que con esa cara de bueno me la esté pegando!... Porque que me la pega no me cabe duda.

(Aparece por la segunda puerta de la derecha VICENTE. El amigo de José María, tiene aproximadamente la edad de éste.)

Vic. — Ernestina, tengo un verdadero placer en saludar a usted.

Ern. — También yo tengo mucho gusto, Vicente.

Vic. — ¿Y José María?

Ern. — En seguida saldrá; me encargó que le rogase a usted que le esperase un momento. Está acabando de vestirse.

Vic. — Le esperaré; no tengo prisa alguna.

Ern. — Siéntese usted.

Vic. — (Sentándose en una butaca. En la otra se sienta Ernestina.) Como hace tiempo que no va por el Casino, creí que estaba enfermo.

Ern. — ¿No va por el Casino?... Pues no; afortunadamente no ha estado enfermo. (Pausa, durante la cual Vicente mira con insistencia a Ernestina; ésta, discretamente cambia la vista.) Está usted más grueso.

Vic. — Los años; va uno ajamonándose poco a poco. Usted es la que cada vez parece más joven y cada día está más bonita, es decir, bonita es poco: hermosa.

Ern. — ¿Nada menos que hermosa?

Vic. — Nada menos y no es galantería, es justicia seca, encantadora Ernestina.

Ern. — ¿Encantadora también?

Vic. — También. ¡Ay! No sabe José María el tesoro que posee.

Ern. — (Riéndose.) ¿Un tesoro?

Vic. — Y de un valor incalculable. Yo, que nunca abrigué la despreciable pasión de la envidia, desde que la conocí a usted envidio con

toda mi alma a su esposo de usted. Porque usted, Ernestina, renúe todas las cualidades que puede apetecer el hombre más exigente: distinguida, bonita, inteligente, buena, discreta, cariñosa...

Ern. Honrada.

Vic. ¿Eh?

Ern. Otro adjetivo más, por si se le habían terminado a usted.

Vic. Aún me quedan muchos que poder aplicarla.

Ern. Vamos, que soy un estuche.

Vic. Eso es poco, más aún, un mirlo blanco. Es usted la mujer tipo; la esposa soñada, la compañera ideal. Yo, solterón recalcitrante; el primer defensor de la libertad del hombre, el detractor más furibundo del matrimonio y de sus naturales consecuencias, el...

Ern. El egoísta más refinado, dígalo usted de una vez.

Vic. Pues bien; yo, el egoísta más refinado, como usted dice, declaro con toda solemnidad que con una mujer de las condiciones físicas de usted y de las prendas morales de usted, mañana mismo, con los ojos cerrados, me llevaban al altar, me echaban el yugo y me leían la epístola de San Pablo. Palabra de honor.

Ern. ¡Me parece que la que a usted le pesque!...

Vic. Quién sabe.

Ern. Es usted besugo de muchas escamas.

Vic. Ernestina, que me ha llamado usted besugo.

Ern. Antes me llamó usted a mí mirlo: animalito por animalito, estamos en paz.

Vic. Conformes: yo soy besugo, bonito, atún... el pez que usted quiera; pero no tendré la suerte de que me ponga cebo en el anzuelo una pescadora como usted. En ese anzuelo picaba yo, ya lo creo que picaba. Su esposo de usted ha sido el mortal más afortunado del globo terráqueo. (*Se acerca un poco, muy poco a Ernestina.*) ¡Si yo tuviera a mi lado una mujer como usted! Con una compañera así, me sentiría capaz de todo. Creo que hasta sería capaz de trabajar.

Ern. Eso sí que no lo creo.

Vic. Pues hasta trabajaría. Usted sería mi cama-

rada fiel; mi consejero leal, mi amigo entrañable.

Ern. (Un poco violenta, al advertir el entusiasmo que Vicente pone en sus palabras.) ¡Vicente!

Vic. (Cada vez con más fuego; pero sin demostrarlo claramente hasta las últimas palabras del párrafo, durante el cual, tanto él como Ernestina, miran repetidamente hacia la puerta por donde antes salió José María.) Yo deseo que me quiera una mujer como usted, necesito escuchar de unos labios como los de usted frases de desinteresado cariño. ¡Vivo tan sólo! Siempre en poder de criados. Sí, Ernestina, yo lo digo poniendo en mis palabras mi alma entera. Necesito que mi pasión, contenida durante muchos años, rompa el silencio y le diga a usted...

Ern. (Con verdadera indignación y mirando con ansiedad hacia la puerta por donde salió José María.) ¡Vicente!

Vic. (Bajando mucho la voz y cada vez más apasionado.) Usted no ha sido comprendida, porque su marido es incapaz de comprenderla. Yo la levantaré un altar en mi corazón, y todos los días, a todas horas, le rezaré esta oración: «Ernestina, adorable eres entre todas las mujeres; te quiero, te quiero, te quiero... (Intentando cogerla una mano.)

Ern. (Rechazándole con dignidad.) Suelte usted.

Vic. ¡Contésteme usted algo!...

Ern. (Vacilante.) Yo...

Vic. Sí, contésteme.

Ern. Una cosa tan solo.

Vic. ¿Cuál?

Ern. (Con resolución.) Que voy a enterar de todo a mi marido.

Vic. (Con espanto cómico.) ¿Eh?

Ern. Absolutamente de todo.

Vic. ¡Por Dios!

Ern. (Dirigiéndose resueltamente hacia la habitación de José María.) Y ahora mismo.

Vic. (Cortándole el paso.) Reflexione usted que...

Ern. Ni puedo, ni quiero, ni debo reflexionar; déjeme usted pasar, o llamo a mi marido.

Vic. Atiéndame usted.

Ern. ¿Me deja usted el paso libre?

Vic. (Cada vez con mayor azoramiento.) Escúcheme usted.

Ern. No tengo nada que escuchar. Sepárese usted.

Vic. (Suplicante.) ¡Ernestina!

Ern. ¡Se separa usted o grito!

Vic. Perdóneme usted; pero yo pensé...

Ern. Usted pensó que yo era una de tantas; usted creyó que al escuchar al principio sus imprudentes palabras, lo hacía con complacencia, y no, Vicente, ha confundido usted la buena educación con la coquetería.

Vic. (Cada vez más avergonzado.) Yo creí...

Ern. Usted creyó que era como lo serán la mayor parte de sus amigas; pero no olvide usted que no todas las mujeres son señoras.

Vic. ¡Baje usted la voz!...

Ern. La conducta de usted ha sido indigna, su libertad al hablarme en ese tono, su declaración cursi y estúpida y sus atrevimientos, han sido acciones canallescas, impropias de quien entra en una casa a título de amigo y de caballero.

Vic. (Completamente azorado y nerviosisimo.) Usted me confunde.

Ern. Antes me ha confundido usted a mí.

Vic. Yo vuelvo a suplicarla que me perdone; que olvide mis palabras.

Ern. (Con energía.) Salga usted de esta casa.

Vic. Pero...

Ern (Cada vez con mayor resolución.) Que salga usted he dicho.

Vic. Perdóneme usted. (Yendo hacia la segunda puerta de la derecha.)

Ern. (Rápidamente.) Espere usted un momento.

Vic. ¡Ernestina!

Ern. Quiero ser vengativa, quiero imponerle un castigo ejemplar.

Vic. Yo...

Ern. Déjeme hablar, y no me interrumpa. Nada sabrá mi marido de cuanto ha ocurrido.

Vic. (Con alegría.) ¡Ernestina!

Ern. Le he dicho a usted que no me interrumpa. Usted ha pretendido que yo, olvidando mis deberes, me convirtiera en una de tantas; (Varias veces, durante el párrafo, intenta interrumpirla Vicente; pero la mirada de ella le hace enmudecer.) pero mi honradez y el cariño que tengo a mi esposo no lo consentirán nunca. ¿Lo oye usted? Nunca. Ahora bien, el hombre no tiene para el cariño la misma firmeza que la mujer.

Vic. Perdone usted que la diga...

Ern. Vuelvo a repetirle que no me interrumpa. Los hombres no quieren como queremos nosotras. Los maridos olvidan sus deberes con demasiada frecuencia... y el mío los ha olvidado ya.

Vic. ¿José María?

Ern. No tengo otro.

Vic. ¿Su esposo la engaña a usted?

Ern. Y usted lo sabe.

Vic. Yo le aseguro a usted que no sé ni una palabra.

Ern. Pues si no lo sabe usted lo averigua.

Vic. ¿Cómo?

Ern. Preguntándoselo.

Vic. Pero si...

Ern. Necesito saberlo todo; es menester que yo recupere a mi marido y justo es que usted, que quiso apartarme de él, sea quien me lo restituya.

Vic. El caso es que...

Ern. Ese es el castigo.

Vic. ¿Y de qué modo me entero yo?

Ern. Ya se lo he dicho a usted antes: preguntándoselo.

Vic. ¡Cometer yo esa acción con un amigo de la niñez!

Ern. Entonces le contaré todo lo ocurrido y que él juzgue al amiguito de la infancia.

Vic. ¡Ernestina!

Ern. Conque ya lo sabe usted: o él se lo cuenta a usted o yo se lo cuento a él.

Vic. Descuide usted, que me lo contará.

Ern. Sin que le oculte nada.

Vic. Le sabré tirar de la lengua para luego ponerla a usted al corriente de todo.

Ern. ¡Quiá!

Vic. ¿Eh?

Ern. Usted no vuelve a hablar conmigo a solas en toda su vida.

Vic. Entonces, usted dirá cómo.

Ern. Muy sencillo; cuando él venga yo me despediré diciendo que me voy a buscar a una amiga y cuando estén ustedes solos le hace usted hablar, que de escucharlo ya me encargaré yo.

Vic. Esto es hacer yo de...

Ern. Llámelo usted como quiera.

Vic. ¡Es que el papelito!...

Ern. Mucho peor era el que le reservaba usted a mi marido.

Vic. Olvídelo usted.

Ern. De usted depende.

Vic. Haré cuanto usted me mande.

Ern. Calle usted, que viene. (Se sientan en las butacas como estaban al principio de la escena. Ella le indica por señas que le haga hablar, él contesta del mismo modo, que esté tranquila. Después de una breve pausa aparece JOSE MARIA ya vestido con el traje de calle.)

J. María Chico, perdona que te haya hecho esperar tanto tiempo.

Vic. A mí me ha parecido un minuto. Bien es verdad que al lado de tu mujer los minutos vuelan.

(La mirada de Ernestina mata la sonrisa de Vicente.)

Ern. Yo les dejo; tendrán ustedes mucho que hablar. Me voy a buscar a Enriqueta. Adiós, Vicente.

Vic. (Dando la mano a Ernestina.) A los piés de usted.

(Ella le dirige una mirada de inteligencia.)

Ern. Adiós, esposo. (Presentándole la cara.)

J. María Adiós, esposa. (Dándole un cachetito.)

Ern. Ya sabes que no estoy acostumbrada a estas despedidas tan ceremoniosas.

(Vicente se vuelve de espalda llevado de todos los demonios.)

J. María Mujer, que está Vicente delante.

Vic. No faltaba más; por mi despídanse ustedes como tengan por costumbre.

Ern. ¿Lo ves? Además, que Vicente gozará mucho viendo un matrimonio tan unido, tan feliz... ¿Verdad, Vicente?

Vic. Ya lo creo, muchísimo.

(En este momento Ernestina se acerca a su marido y le da un beso lo más sonoro posible y que a Vicente le hace el mismo efecto que un tiro.)

J. María ¡Adiós, mujer!

Ern. Ustedes lo pasen bien. Me voy a buscar a Enriqueta.

Vic. Vaya usted con Dios.

(Vase Ernestina después de hacer unas cuantas cucamonas a su marido.)

J. María Es un ángel. Siéntate. ¿Qué te trae por aquí? (Se sientan.)

Vic. Que como no ibas por el Casino creí que estabas malo.

J. María — ¿No le habrás dicho a Ernestina que no voy por el Casino?

Vic. — Hombre, claro que no.

J. María — ¡Ah, vamos!

Vic. — ¿Y dónde te metes?

J. María — (Sacando la pitillera y ofreciendo un pitillo a Vicente.) Por ahí; ahora salgo muy poco.

Vic. — ¿Sí, eh?

J. María — Muy poco; me levanto tarde; me quedo en casa por la mañana, luego doy un paseo con mi mujer, después a casa, cenamos, leo un rato y a la cama.

Vic. — Qué vida tan recogida.

J. María — De casado formal.

Vic. — Eres un marido que se puede poner como ejemplo.

J. María — Siempre he sido muy casero.

Vic. — ¡José María!...

J. María — ¿Qué?

Vic. — Que eres un farsante.

J. María — ¿Qué dices?

Vic. — Un hipócrita.

J. María — ¿Yo?...

Vic. — ¡José María, tú se la estás pegando a tu mujer!

J. María — (Dando un salto.) Hombre, por Dios, que puede oirte.

Vic. — Luego se la pegas, no me cabe duda; no, no lo niegues.

J. María — (Mirando con recelo hacia la puerta.) ¿Pero te quieres callar?

Vic. — Si no está tu mujer; ya sabes que ha dicho que se iba a casa de una amiga.

J. María — ¡De todas maneras! Te aseguro que no.

Vic. — No me lo niegues; te conozco desde hace muchos años; tienes cara de marido adúltero, de esposo infiel.

J. María — ¡Vuelvo a repetirte que no!...

Vic. — No te creo. ¿Es alguna jamona, bien conservada, de esas metiditas en carnes? (José María hace signos negativos.) ¿Alguna viuda pensionista de las que no se casan por no perder los derechos de clases pasivas? (José María sigue diciendo que no con la cabeza y sonriéndose maliciosamente.) ¿Alguna casada no comprendida? ¿Tal vez una huérfana desvalida? ¿Quizás una joven?...

J. María — (Confidencialmente.) ¡Es una chiquilla que da la hora!

Vic. ¡Y los cuartos!
J. María No, esos los doy yo.
Vic. Conque una chiquilla...
J. María Diecinueve años, calcula.
Vic. La gran edad. ¿Guapa?
J. María Guapísima.
Vic. ¿Figura?
J. María Un encanto. Y tú la conoces.
Vic. ¿Yo?
J. María Sí.
Vic. ¿Quién es?
J. María Quien menos te puedes figurar.
Vic. ¿Amiga mía?
J. María No; eres admirador nada más.
Vic. Dí, ¿quién es?
J. María Quédate con la boca abierta y envídiame.
Vic. Dilo ya.
J. María ¡La gentil Tulita!
Vic. ¿Cuál? ¿La bailarina?
J. María La misma.
Vic. ¿La que estuvo en Romea el invierno pasado?
J. María Exactamente.
Vic. Chócala: que sea enhorabuena.
J. María (Recostándose en la butaca con aire de hombre satisfecho.) Las he puesto un pisito en la calle del Pez.
Vic. ¿Cómo que las has?
J. María Sí, a ella y a su madre; es decir, a la madrastra, porque la señá Ignacia no es más que la madrastra, aunque pasa por mamá *efetiva,* como dice ella, y ¡qué mamá!, de novela; es decir, de sainete, más aún, de juguete cómico. Ha sido castañera y ha tenido un puesto de té, tú calcula. Dice *haiga* y *me se* y *elétrico.* Tulita dice que es su madre, porque una mamá es más decorativa que una madrastra.
Vic. ¿Y desde cuándo estás metido en estos belenes?
J. María Desde hace más de mes y medio; pero te advierto que hasta la fecha no he pasado de ser un amigo, un buen amigo, pero nada más. Soy su protector; me ha resultado una virtud casi romana...
Vic. ¡Ah, vamos!
J. María Pero tú considera, tarde o temprano... En cuanto olvide a su novio ebanista, que tuvo

antes de dedicarse a las varietés. Ella era planchadora y entró en el teatro por imposición y miedo a la madrastra. Ya ha adelantado algo; al principio Tulita era un cardo silvestre, pero muy silvestre; ahora, que poco a poco, le voy quitando los pinchos. Cuestión de constancia.

Vic. Nada más.

J. María ¡Ay, Vicente! Esa mujer me ha vuelto del revés. Ya no soy ni sombra de aquél José María. El día que ví a Tulita, cambié. Aquellas pataditas que daba en el tablado me retumbaban aquí dentro. La escribí, la envié varios regalillos y hablé con ella y también hablé, ¡ay!, con la señá Ignacia. Apreté el cerco, logré que rescindiera los contratos que tenía con varias empresas de provincias y la retiré. Hoy día ya no trabaja más, solo baila para este cura.

Vic. ¡José María!

J. María Tú comprenderás que una mujer así me haya sorbido el seso, tú la has visto trabajar, tú la has aplaudido muchas veces. Es maravillosa, es una verdadera artista coreográfica, una maga de la danza, un genio del baile, pero del baile fino. ¡Qué distinción la suya en los *pas de bourés*, y, sobre todo, qué elegancia en los *fin-flanes*, chico, qué *fin-flanes*. (En su entusiasmo hace un par de pasitos de baile.) Esto de los *fin-flanes* y los *pas de bourés* me lo ha explicado la vieja.

Vic. ¡Te encuentro desconocido!

J María ¡Y rejuvenecido!

Vic. ¿Pero no temes que Ernestina se pueda llegar a enterar de todo esto?

J. María ¡Qué se va a enterar! Mi mujer me cree el casto José. Como siempre he tenido fama de infeliz, esta es la verdad, me supone incapaz de estas calaveradillas.

Vic. ¡No tienes perdón de Dios!

J. María ¿Por qué?

Vic. Engañar a una mujer como la tuya, abandonarla por una...

J. María ¡Eso de abandonarla! Y además, no me vengas con sermones; yo sé que mi mujer es una santa, es un ángel... pero qué quieres, los hombres somos así, siempre deseamos lo que no tenemos. *Lo que no se tiene* es siem-

pre lo que se desea, aunque resulte mucho peor que lo que se posee. Tulita es menos guapa que mi mujer, menos distinguida que mi mujer, menos inteligente que mi mujer... pero me gusta extraordinariamente.

Vic. ¿Y la ves todos los días?

J. María Sin faltar uno. Esta noche cenamos juntos; a Ernestina le he dicho que como con unos electores; pero es que me ha convidado Tulita a caracoles, la especialidad de la señá Ignacia; caracoles con mucho picante, estarán riquísimos. Bueno, me van a hacer un daño espantoso, porque la guindilla me ha sentado siempre como un tiro y ¿qué le voy a hacer? Por Tulita todo lo doy por bien empleado. ¡Hasta las dispepsias!

Vic. ¿Tú comiendo caracoles?... No te conozco.

J. María Y gallinejas, que me dan un asco horrible... Y ya hemos estado en los Gabrieles y en casa de Morán, y en los Burgaleses, y una tarde pensamos ir a la Cuesta de las Perdices para merendar en casa de Camorra.

Vic. ¡Eres un verdadero pillín!

J. María Alguna vez había de empezar a divertirme. De niño siempre pegado a las faldas de mi madre; me casé y me descosieron de las faldas maternales para coserme a pespunte a las de Ernestina. Ahora que me veo un poco descosido me divierto como tal, como un descosido. Claro que sin olvidar el respeto y la consideración que debo a mi mujer. Y vámonos, que antes de ir a casa de Tulita tengo que entrar en casa de Campos y comprarle unos rollos de música para el piano eléctrico.

Vic. ¿Ah, le has regalado nada menos que un piano eléctrico?

J. María Sí, chico; tuve esa debilidad y me pesa con toda mi alma, porque la han tomado con el «Pom-pom» y me tienen loco. Voy a ver si cambian de habanera, porque aquella ya no la puedo aguantar. (Llama al timbre.)

Vic. Pues vamos cuando quieras; te acompañaré hasta la tienda.

J. María Ya te presentaré otro día a Tulita. Verás qué muchacha.

Faust. (Por la segunda derecha.) ¿Llamaba el señor?

J. María — El gabán y el sombrero. (Vase Faustino.) ¿Vamos?

Vic. — Vamos.

J. María — ¿Oye, los caracoles los ponen tan picantes como los callos?

Vic. — Mucho más.

J. María — Lo pagará el bicarbonato. (Vanse por la segunda derecha. La escena queda sola unos momentos, pasados los cuales, sale ERNESTINA por la izquierda. Viene con cara de profundo disgusto; a duras penas puede contener los sollozos. Al fin cae en una butaca llorando amargamente.)

Ern. — ¡Era verdad! ¡Me engañaba! ¡Infame! ¡Engañarme a mí, que le quiero con toda mi alma! ¡Me deja por otra! ¡Se va con ella! ¡Con una bailarina! ¡Me lo roban! ¡Me lo roban! (En este momento sale PETRA por la derecha y al ver el estado en que se encuentra su señorita corre hacia ella, asustadísima.)

Petra — ¡Señorita! ¿Qué le pasa a usted, señorita?

Ern. — ¡Ay, Petra!

Petra — ¿Se ha puesto usted mala?

Ern. — Muy mala. ¡Yo me muero de pena!

Petra — (Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.) ¡Faustino! ¡Faustino!

Ern. — ¡Qué desgraciada soy!

Petra — ¡Que vayan a avisar al señorito!

Ern. — No, al señorito, no. ¡Petra! ¡Petra!

Petra — ¿Qué?

Ern. — Mi marido me engaña. (Llorando desconsoladamente.)

Faust. — ¿Qué ocurre? (Saliendo por la derecha.)

Petra — Pronto, un vaso de agua, que la señorita se ha puesto mala.

Faust. — Corriendo. (Vase muy deprisa.)

Ern. — Si me engaña, me engaña como a un chino.

Petra — ¡Pero el señorito es capaz!

Ern. — Sí, Petra; con una que hace *fin-flanes*.

Petra — ¿Qué dice usted de flanes, señorita?

Ern. — Con una bailarina.

Petra — ¡Hay que ver!

Ern — ¡Quién lo hubiera pensado!

Petra — Para que se fíe una de los que tienen cara de tonto.

Ern. — ¿Eh?

(En este momento aparece FAUSTINO con el agua.)

Faust. — Aquí está el agua.

Petra Trae, trae. (Cogiendo el vaso.) Beba usted, señorita, beba usted.

(Ernestina bebe unos sorbitos.)

Faust. ¿Se le pasa a usted?

Petra Cállate, que todos los hombres sois iguales. ¿Se alivia usted un poco?

Ern. Sí, un poco.

Petra Beba usted otro par de sorbitos.

Ern. ¡Engañarme de ese modo!

Petra Pues yo hubiera jurado que le era a usted fiel como un perro.

Ern. Como un perro, sí.

Petra ¿Pues entonces?...

Ern. Es que el perro más fiel deja a su amo en cuanto se acerca la primera perra. (Llorando ruidosamente.)

Petra Llore usted, llore usted que así se tranquiliza.

Ern. Y la tiene puesto un piso.

Petra ¡Qué hombres!

Ern. Y nada menos que en la calle del Pez. (Levantándose rápidamente.) ¡Ay, si yo supiera el número! ¡Si yo lo supiera!

Petra (Por Faustino.) Este lo sabe, señorita.

Ern. (Dirigiéndose a él.) ¿Tú?

Faust. Yo... (Disculpándose.)

Petra ¡Sí, sí, tú!

Faust. Diga usted que no, señorita; que yo no sé ni una palabra.

Petra Eso es mentira, que has llevado lo menos cuatro cartas, y buenos cuatro duros te han valido.

Faust. ¡Embustera!

Petra ¡El embustero lo eres tú!

Faust. ¡Diga usted que es mentira!

Petra ¡Diga usted que es verdad!

Ern. A callar los dos. (A Faustino.) Si no me dices ahora mismo dónde vive esa... prójima, quedas despedido.

Faust. Pero, señorita...

Ern. ¿Me lo dices, sí o no?

Faust. Si yo no lo sé.

Petra Ya lo creo que lo sabes.

Ern Pues recoges tu ropa y a la calle.

Faust. Eso; si no lo digo, me echa la señorita, y si lo digo, me planta en la calle el señorito.

Ern. (Con gran alegría.) ¡Ah, luego lo sabes!

Petra — (A Ernestina.) ¿Lo ve usted?

(Faustino amenaza á Petra por detrás de Ernestina.)

Ern. — (A Faustino.) Pronto, dime las señas.

Faust. — Vive en... pero, por Dios, que el señorito no vaya a sospechar que he sido yo el soplón.

Ern. — No lo sabrá, descuida.

Faust. — Pues vive en la calle del Pez, número...

Ern. — (Impacientísima.) Dilo de una vez, hombre.

Petra — Habla ya.

Faust. — Calle del Pez, 58 duplicado, entresuelo, izquierda.

Ern. — Está bien. (Rápidamente.) Pronto, los dos, mi sombrero y mi abrigo; pero, vamos, de prisa.

Faust. — A escape. (Vase por la izquierda.)

Petra — En seguida. (Idem.)

Ern. — (Paseándose nerviosísima.) Yo rescato a mi marido, ¡vaya si lo rescato¡ ¿Con que «lo que no se tiene» es lo que se desea? Pues lo tendrás. Yo no pierdo a mi marido así como así. ¡Mamás de sainete! ¡Conque Camorra! ¡Ya lo creo que tendrás camorra, y a todas horas!

Petra — (Saliendo con el sombrero.) Aquí está el sombrero.

Faust. — (Con el abrigo.) Tome usted el abrigo, señorita.

Ern. — (Poniéndose el sombrero. Rapidísimo hasta el final.) ¡Qué hombres! ¡Esto para que una se confíe en ellos! (Dirigiéndose hacia Faustino con el agujón del sombrero en la mano.) Todos sois iguales.

Faust. — (Retrocediendo.) ¡Señorita, que tiene usted el agujón en la mano!

(Ernestina se pone el agujón.)

Ern. — Ay, José María, hoy vas a conocer a tu mujer, a este ángel, a esta santa. (Se dirige a ponerse el abrigo; Faustino lo sostiene al ir a meter la manga. Ernestina tiene otro arranque de indignación y deja al Criado con el abrigo en alto.) Pero si es que no me cabe en la cabeza una acción semejante, una acción tan... (Se repite el mismo juego anterior.) Pero me las pagarás, vaya si me las pagarás, vaya si me las pagarás. (Esta vez se encuentra con que Faustino está distraído, sin sostener en alto el abrigo.) ¿Qué haces ahí como un pasmarote? Parece que me vas a torear! (Se pone el abrigo precipitadamente.) Pez, 58 duplicado. ¿No es eso?

Faust. Sí, señorita.

Ern. Con que a cenar caracoles... ¡No te harán daño! Es decir, ya lo creo que te lo van a hacer. (Vase por la segunda derecha, quitando delante al criado de un empujón. Faustino cae sentado en una de las butacas. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de Tulita. Esta habitación está amueblada con coquetón buen gusto. Todos los muebles son de madera muy clara o blanca, y están tapizados con telas de tonos pálidos. A a derecha hay un balcón y dos puertas, una al foro y otra lateral izquierda. Ambas, lo mismo que el balcón, tienen cortinas de encaje. De la pared penden cuadros con grabados, casi todos reproducciones de obras maestras. El gabinete es, ante todo, una pieza muy alegre, que contrasta vivamente con la severidad de la decoración del acto anterior.

—

(Al empezar el acto están en escena TULITA y JUANA. Esta, que es la doncella, aparece subida en una escalera de tijera cosiendo una anilla de la cortina, que está medio desprendida. Tulita sostiene la escalera. La amiga de José María viste una bata muy elegante.)

Tul. ¿Te falta mucho?

Juana Un par de puntadas para que quede fuerte.

Tul. Ten cuidado no te caigas.

Juana Esté usté tranquila que no me caigo.

(En este momento empieza a sonar el piano eléctrico que tienen en la habitación de al lado, y que, como es natural, toca furiosamente la habanera del «Pom-pom».

Tul. ¡Quiere usté callar! (A grito pelado.)

Ign. (Dentro) ¿Qué quiés?

Tul. ¡Que pare usté el chisme ese!

Ign. (Dentro.) ¿Qué dices?

Tul. (Muy fuerte.) Que no nos de usté la jaqueca con tanto pom-pom, que ya es mucha murga.

(Cesa de tocar el piano.)

Juana Es que no para en todo el santo día.

Tul. A mí ya me tiene loca con tanta música.

Juana Ya está cosida; tome usté la aguja y las tijeras mientras lo coloco. (Dándoselas.)

Tul. ¿Queda fuerte?

Juana Lo que es esta anilla no se vuelve a caer. Se puede una colgar y hacer gimnasia. (Coloca bien la cortina.)

Tul. Por Dios, Juana, no hagas títeres.

Juana Ya está. (Se baja de la escalera Tulita deja las tijeras y la aguja encima de una mesita.) Ha quedado este gabinete hecho una preciosidad.

Ign. (Que sale por la izquierda.) ¿Pero es que no habéis terminao en todavía? (Este personaje es una mujer de cincuenta años, muy ordinaria; a la legua se le conoce que ha asado castañas. Viste una bata de color vivo, pero sin que dicha prenda sea ridícula, ni mucho menos; es sólo impropia de la edad y del cuerpo de quien la lleva.)

Tul. Ya está todo.

Juana ¿Qué le parece a usté?

Ign. (Examinando minuciosamente la habitación.) Que me gusta más que muchismo. Esto, lo menos ha costao tres mil reales, y eso según la tienda en que haiga sido, porque hay comerciantes que te clavan. Tóo esto en el Hotel de Ventas, la mitá; pero claro está, él lo habrá comprao en la casa de moda por el aquel del postín de la faztura.

Tul. Es un color elegantísimo.

Juana Y finísimo.

Ign. Muy elegantismo y muy finismo; pero estas sillas son de mírame y siéntate despacio.

Tul. Es que son muebles de lujo.

Juana Es una sillería muy delicada.

Ign. Y tan delicá cómo es; te sientas en una silla a gusto y la escacharras.

Juana ¿Me mandan ustedes algo más?

Tul. Nada, Juana.

Ign. Di a la Paca que no se distraiga y que tenga cuidao no me se vayan a pegar los caracoles.

Juana Esté usté tranquila, señora.

Tul. Anda y llévate la escalera.

Juana En seguida. (Vase por el foro, llevándose la escalera.)

Ign. Paece que vas a esperar a los Reyes Magos.

Tul. (Después de contemplar nuevamente los muebles.) Es que cada vez me gusta más esta sillería.

Ign. También a mí; pero qué quiés que te diga, la verdad, yo no lo puedo remediar; lo que me trae chocha es el piano elétrico. ¡Hay que ver lo que inventan esos sabios! Un aparato que no tiés más que enchufarlo y ya te está tocando lo que te da la gana.

Tul. Y que es muy entretenido.

Ign. ¿Que si es? ¡Yo me paso las horas muertas embobá oyéndolo y mirando cómo se desenrolla el papel!

Tul. Hoy me va a enviar más piezas para que variemos.

Ign. Me alegro la mar, porque estas ya me las sé de memoria; pero que sean alegres.

Tul. A mí me gustan las músicas que se pueden bailar, de esas que se pegan al oído: los pasosdobles, los chotis, los tuesten, los foxtrotes...

Ign. Tú déjame a mí de tuestenes y de trotes de esos y dame tangos ó habaneras como aquellos de: (Cantando.) «¡Ay, mamá, qué noche aquella...» «Soy cubanita, soy de la playa hermosa», o el de «Cariño, si lo duda usté yo lo certifico», o el mismo de «Saca, saca la cadera», que no hacías más que oirlo y empezabas a menearte de un lao pa otro.

Tul. Esos quizás que no los vendan porque están muy pasaos de moda.

Ign. Entonces que traiga otros nuevos; pero tangos, y que se deje de Tes deum.

Tul. Ya traerá de todo, descuide usté, que no hay que pedírselo.

Ign. Eso sí que es verdad; a generoso no le gana nadie, no es necesario darle en el codo pa que abra la mano.

Tul. ¿Que si es generoso? Como que el otro día hasta me hablaba de comprarme un automóvil de esos chiquititos que se estilan ahora.

Ign. Oye, ¿no será una de esas bicicletas que meten tanto ruido y en las que va uno montao y el amigo metido en una alpargata? Porque ahí no va una servidora ni cloroformizá.

Tul. No, madre; qué tiene que ver una cosa con otra. A esas las llaman motocicletas.

Ign. Bueno, tú adviérteselo, por si acaso.

Tul. Esté usté tranquila; ya sabe usté que don José María tiene muy buen gusto.

Ign. Y que lo digas; la prueba está a la vista. ¡Qué casa! ¡Quién me lo iba a decir a mí cuando voceaba: ¡Cuántas, calentitas!, en la plaza del Pogreso. ¿Quién iba a decirme que mi Gertrudis iba a ser una estrella? Porque tú, aunque retirá, sigues siendo estrella, y que de una guardilla íbamos a parar a un cuarto como este. ¡Ay, cuánto daría yo porque tu padre, que en gloria esté, levantara la cabeza, na más que un ratito, y viera este lujo y estas comodidades.

Tul. Hasta cuarto de baño.

Ign. Eso es lo que menos le chocaría.

Tul. Y que no se cansa de enviarme cosas.

Ign. Ni falta que hace que se canse.

Tul. Mire usté que los dos cuadros que ha mandado esta mañana son preciosos. (Indicando los dos que hay colgados en la pared del foro.)

Ign. Ahí ya no estamos conformes, que quiés que te diga; en eso es en lo único que no tié buen gusto.

Tul. ¿Por qué?

Ign. Porque será muy bonito pa él el cuadro que ha puesto en la sala.

Tul. ¿Cuál de ellos?

Ign. Aquel que hay entrando a la derecha, el de las tres mujeres encueros.

Tul. Esas son las tres gracias.

Ign. ¿Esas tías tan gordas las tres gracias?... Pues maldita la que me hacen a mí, y Dios me perdone si digo alguna calunia, pero la de enmedio me parece que es la señá Romualda.

Tul. ¿La cambianta?

Ign. La misma.

Tul. No puede ser.

Ign. Tú fíjate bien; tié su modo de mirar; sus mismas carnes, en fin, tóo; dos gotas de agua no son más iguales, y como ella dicen que si tuvo o no tuvo que ver con aquel pintor, tal vez la haiga retratao con el traje de andar por casa... cuando no hay nadie.

Tul. Pero qué va a ser ella, si ese cuadro dicen que es muy antiguo.

Ign. Es que la señá Romualda no es ninguna niña; si no tié cumplidos los cincuenta, está en la estación de más acá.

Tul. Este es mucho más antigüísimo.
Juana (Por el foro.) Señora.
Ign. ¿Qué hay?
Juana Dice la Paca que si ha echado usté guindilla en los caracoles.
Ign. Dila que sí, que no eche más, que ya tién bastante.
Juana Está bien. (Va a hacer mutis.)
Ign. Oye.
Juana Mande usté.
Ign. Luego te acercas a la pescadería y te subes cuarto kilo de escabeche, y de paso entras en la tienda de ultramarinos y que te den unas aceitunas negras.
Tul. ¿Para qué?
Ign. Pa hacer a don José María una ensalá y que se chupe los dedos... Tal vez no haiga él comido nunca escabeche.
Tul. Seguramente.
Juana ¿Hay que traer algo más?
Ign. Nada más. (Vase Juana por el foro.) Ya verás cómo le gusta la cena. Pero aún no te has fijao y no me has dicho na de la bata.
Tul. Que está usté muy elegante.
Ign. Como que no he hecho más que asomarme al balcón y dar el golpe en la vecindad; el vecino del principal, ese que tié cara de militar, lo menos me ha mirao tres veces. Mañana me pondré la otra, la rosa pálida. Ah, me se olvidaba decirte que esta mañana me he encontrao al señor Paco.
Tul. ¿A qué señor Paco?
Ign. Aquél que tuvo casa de préstamos en la calle del Olivar y ahora se dedica a correr alhajas.
Tul. Sí, ya sé quién es.
Ign. Y me ha dicho que iba a venir a enseñarnos unas alhajas que ahora tié de ganga; dice que te pué ofrecer unos pendientes de perlas divinos y unas duquesas rodeás de brillantes.
Tul. Serán turquesas.
Ign. Bueno, como se llamen. Yo le he dicho que venga a las cinco pa que esté aquí don José María y ver si se encapricha con algún par y te lo regala.
Tul. ¡Si aún no hace ocho días que me trajo los solitarios!

Ign. Así te compra estos pa que aquellos no estén tan solitarios.

Tul. Es que me da fatiga.

Ign. ¿Fatiga?... Paeces tonta. Dios da pañuelo a quien no tié narices y a ti te da una docena y no te aprovechas.

Tul. ¿De narices?

Ign. De pañuelos. Tú no seas tan pánfila y déjate querer.

Tul. Ya sabe usted que me dejo querer; pero quererle yo me parece un poquito más que imposible.

Ign. ¿Y por qué?

Tul. ¡Porque no!

Ign. Y dale, siempre igual.

Tul. Acepto todas estas cosas por usted y nada más que por usted; pero por mi gusto ni una hilacha.

Ign. Estás tirando tu porvenir por el balcón.

Tul. La que lo quiera que lo coja.

Ign. Mira, Tula, que el otro ya no se acuerda ni del santo de tu nombre.

Tul. No me hable usted de él.

Ign. Si ya no te quiere.

Tul. Le quiero yo y basta.

Ign. ¿Qué te esperaba con aquél? Pan pa hoy y hambre pa mañana... Mientras que con éste...

Tul. Pan para todos los días, ¿verdad?

Ign. Y que no lo dudes. Además el otro te desprecia.

Tul. Hace muy bien.

Ign. ¡Si ya no te quiere!...

Tul. Yo a él con toda mi alma.

Ign. Pero si...

Tul. Basta.

Ign. Es que...

Tul. Basta he dicho; no me maree usted más.

Juana (Por el foro.) Esta señora que quiere hablar con usted. (Dando a Tulita una tarjeta.)

Tul. (Leyéndola.) Ernestina Toledo de González.

Ign. No sé quién es.

Tul. Ni yo.

Juana Aquí no ha venido nunca.

Ign. A lo mejor es una corredora que vié a ofrecerte algo.

Tul. Tal vez.

Juana Me parece que no; tiene un tipo muy fino para venir a vender.

Ign. Bueno; dila que pase.

Juana ¿Aquí o a la sala?

Tul. No, aquí mismo.

(Vase Juana.)

Ign. Me voy pa dentro.

Tul. Quédese usté conmigo que no me gusta estar sola con quien no conozco.

Ign. Está bien, me quedaré; verás cómo es alguna que viene a ofrecerte algo.

(En la puerta del foro aparece ERNESTINA, viene visiblemente emocionada y hace grandes esfuerzos para vencer su turbación.)

Juana (A Ernestina.) Pase usted por aquí.

Ern. (Desde la puerta.) Buenas tardes.

Ign. Adelante.

Tul. Pase usté.

Ern. (Entrando.) Muchas gracias. (Queda en pie sin atreverse a hablar. Juana se retira por la puerta del foro.)

Ign. Pues usté dirá, señora.

Ern. Yo venía a...

Tul. Siéntese usté.

Ern. (Sin atreverse a sentarse.) Estoy bien.

Ign. Pero tome usté asiento.

Ern. (Sentándose.) Mil gracias.

(Ignacia y Tulita se sientan, una a cada lado de Ernestina.)

Tul. Diga usté.

Ign. Usté nos dirá lo que se la ofrece.

Ern. Yo vengo a... (A Tulita.) Ante todo, ¿usté es Tulita?

Tul. Servidora de usté.

Ign. Y yo su madrastra, es decir, su segunda madre.

Ern. Por muchos años.

Ign. Y que usté lo vea con salú.

Ern. ¿De modo que usted es la gentil Tulita, la bailarina de Romea?...

Ign. La ex, la ex, purque esta ya está retirá, a Dios gracias. Ahora ya no es más que señora de su casa.

Tul. Tiene razón; por ahora no trabajo.

Ign Ni trabajarás Dios mediante.

Ern. Pues yo soy... digo, ya habrán ustedes visto la tarjeta.

Tul. (Leyéndola nuevamente.) Ernestina Toledo de González... y la verdad...

Ign. Nos hemos quedao en ayunas, pa qué la vamos a engañar a usté.

Ern. (Tímidamente.) Yo soy la señora de González. (Les mira con interés, pero ni la madre ni la hija caen en la cuenta.)

Ign. Bueno.

Tul. No caigo.

Ern. Soy la señora de González; de José María González. (Al oir el nombre, madre e hija se ponen en pie como por resorte. Ernestina queda sentada.)

Ign. ¿Eh?

Tul. ¿Cómo?

Ern. (Más tímidamente que antes.) José María González es mi marido, mi esposo legítimo.

Ign. ¡Y usté viene!...

Tul. De modo que usté...

(Esto lo dicen atropelladamente. Ernestina les indica con un ademán que se calmen.)

Ern. Escúchenme, yo se lo pido, yo se lo ruego, escúchenme, ¿cómo quieren que se lo pida a ustedes?

Ign. (Un poco confusa.) Nosotras no sabíamos...

Tul. (Muy avergonzada.) Yo le aseguro a usted...

Ern. Siéntense ustedes... Siéntense ustedes. (Se sientan cabizbajas y sin apenas atreverse a mirar a Ernestina.) Vengo a suplicar, no crean ustedes que vengo a promover escándalo alguno; vengo por... vengo... (Echándose a llorar.)

Ign. ¡Señora!

Tul. ¡Por Dios!

Ern. Déjenme ustedes. Me ahogaban las lágrimas, la emoción, el disgusto... ¡Ya no podía más! (Se cubre la cara con el pañuelo.)

Tul. ¡Pobrecilla!

Ign. ¡Qué elegante y qué guapa es!

Tul. (A Ignacia.) ¿Lo ve usté?

Ign. Cierra esas puertas, que no tié nadie nesecidá de enterarse.

Tul. (A Ernestina.) ¿Quiere usté un vaso de agua?

Ign. O una taza de tila con azahar o una cuchará de antiestérica, que yo la tengo pa unos acipitorrios que me dan cuando cojo algún berrenchín.

Ern. No, gracias; ya se me ha pasado, ya estoy un poco más tranquila.

(Tulita cierra las puertas y vuelve al lado de Ernestina que ya va serenándose.)

Ign. Con toa confianza, como si estuviera usté en su casa. Gracias a Dios no nos falta na: tenemos de tóo.

Tul. ¡Quiere usté callar!

Ign. Tiés razón, no me había hecho cargo.

(Se sientan nuevamente como estaban al principio de la escena. Tulita y su madre están cada vez más confusas. Hay una pausa larga durante la cual ninguna se atreve a hablar; la situación es violentísima. De pronto rompe el silencio el piano eléctrico, que, como de costumbre, tiene puesto el rollo del «Pom-pom.»)

Tul. (Gritando.) ¡Juana!

Ign. ¡¡Calla!!

(El piano sigue tocando.)

Tul. ¡Pero Juana!

Ign. (Yendo precipitadamente hacia la puerta de la izquierda.) ¿Quiés desenchufar? (Cesa la música. Ignacia vuelve a su sitio.) Era la chica que había enchufao el elétrico... como ella no está al tanto...

(Hay otra breve pausa.)

Ern. Y ya que he dado este paso violentísimo, ya que he venido aquí, quiero hablar con ustedes con toda franqueza. Sé que mi proceder no es correcto, que esta visita es un tanto inoportuna, en una palabra, que no está bien que yo venga a casa de la... de la... no sé cómo decirlo, no quisiera ofender a ustedes, de la amiga de mi marido.

Ign. Potregida na más, por éstas. (Jurando.)

Ern. La gente ha de afear mi conducta; las amigas me han de criticar... He debido quedarme en mi casa llorando la infidelidad de mi marido a quien quiero con toda mi alma; he debido sufrir viendo deshacerse la tranquilidad de tantos años, la ilusión de mi vida, mi porvenir entero. Tal vez debí esperar a que él volviese a mis brazos cuando se pase este capricho, si capricho es. Todo eso he debido hacer imitando el ejemplo de las que como yo, perdieron en un día al esposo de muchos años; pero por encima de este deber hay algo y este algo es el que me trae hasta aquí. El cariño ciego que profeso a mi José María, al mío, al que quiero conservar siempre y para mí solo.

Ign. ¡Señora!

Tul. Calle usted.

Ern. Por eso al enterarme, al tener la certeza de que mi marido no me pertenecía por completo, al saber con seguridad que otra mujer

me arrebataba lo que legítimamente me corresponde...

Ign. ¡Señora!

Tul. Que se calle usted.

Ern. Pues bien; al saberlo no dudé en venir a defender lo mío, pensando en que la que así me quitaba la felicidad era tan mujer como yo, que tal vez habría querido como yo quiero, que habría tenido su alma entera puesta en un hombre, como la tengo yo, y a esa mujer es a quien he venido a ver; pero no para disputarla a mi José María, no, eso no; no quiero llevármele ni por la fuerza ni por la astucia, ni por el escándalo. Quiero rogarla, suplicarla, pedirla de rodillas, si ella me impone tal humillación, que me lo entregue, que no me lo retenga, que no me lo robe.

Tul. (Verdaderamente conmovida.) Señora, yo le juro a usté...

Ign. (No menos conmovida que su hija.) Puede usté estar segura de que...

Ern. (Cogiendo las manos de Tulita y poniendo toda su alma en lo que dice.) Echele de su lado y piense usted que otros hay más ricos, más jóvenes, y, sobre todo, más libres. No haga usted que un hombre bueno, porque bueno lo es, abandone a una infeliz mujer que hoy le pide que no se convierta usted en un ángel malo. Considere usted que cuando una mujer se humilla, como me humillo yo, cuando una mujer suplica como suplico yo, y cuando una mujer llora como lloro yo, es porque quiere mucho, porque quiere con toda su alma. Tulita, para hacer su casa no deshaga usted la mía. (Las últimas palabras las dice ahogada por las lágrimas. Tulita e Ignacia se han ido enterneciendo poco a poco y han sacado el pañuelo y disimuladamente se han limpiado una lágrima.) Usted es muy joven; él ya no es ningún niño... Usted no puede quererle.

Tul. Yo...

Ern. Para usted es viejo. No puede usted quererle.

Tul. Es verdad.

Ern. (A Ignacia.) Usted que habrá tenido marido...

Ign. ¡Ay! Catorce años estuve casá con Isidoro, con el padre de ésta.

Ern. ¿Y qué hubiera usted hecho si otra mujer se lo hubiera querido quitar?

Ign. Regalárselo: el mío no se merecía estas sofoquinas.

Ern. ¿Eh?

Ign. Si hubiera hecho lo que usté me hubiera pasao la vida de visita. No hubiese ganao pa tarjetas; ca mes un ciento.

Juana (Desde fuera.) ¿Se puede?

Ign. Adelante.

Juana (Entrando por la puerta del foro.) ¡Señorita!

Tul. ¿Qué quieres?

Juana Que hay está preguntando por ustedes...

Ern. (Con rapidez.) ¿Quién?

Tul. ¿Quién?

Ign. ¿Es don José María?

Juana No; es un señor que dice que se llama don Paco y que vive en la calle de la Cabeza.

Tul. Sí, sí, está bien.

Ign. ¿Ha pasao?

Juana No; está esperando en el recibimiento.

Tul. Pásale a la sala y le dices que tenga la bondad de aguardar un momento.

Juana Está bien. (Vase.)

Tul. (A Ignacia.) Y usté recíbale y dígale que yo no puedo salir, que no puedo recibirle, que estoy mala... en fin, lo que usté quiera.

Ign. Pero si es que...

Tul. Lo que a usté la dé la gana. Que se lleve las alhajas que traiga, porque no las necesito, porque no las quiero.

Ign. Mira que...

Tul. He dicho que no las quiero. (Con firmeza.)

Ign. Bueno, mujer, bueno.

Tul. Yo tengo que hablar con esta señora. (Ignacia se queda sin decidirse a marchar.) Y vaya usted, que la están esperando.

Ign. (A Ernestina.) Hasta luego.

Tul. Y dígale que no vuelva, que por ahora no pienso comprar ni la punta de un alfiler.

Ign. Está bien, así se lo diré; descuida Con su permiso, señora. (Vase por la puerta del foro.) ¡Ay! (Lanza un suspiro que es todo un poema.)

Tul. (Yendo hacia la puerta.) ¡Ni la punta de un alfiler! (Después cierra la puerta y vuelve al lado de Ernestina.) Y ahora, señora, quiero hablar con usted con toda libertad, con tanta franqueza como usted me ha hablado a mí. Esté us-

ted tranquila, su marido será para usted, es decir, para mí no lo es. Merecería verme arrastrá si yo tuviera a mi lado a un hombre a quien no quiero, sabiendo que hay otra mujer que le quiere con toda su alma.

Ern. ¡Con toda mi alma!

Tul. Tiene usted razón: para hacer una casa no se debe deshacer otra. Además que yo no quiero esta vida, no he nacido para ella, me repugna. Yo soy honrada, sí, señora, aunque usté me vea metida en esta vida, soy honrada. Aceptaba todas estas cosas por mi madrastra, que aunque no es mala, tiene el defecto de no preguntar al pan en qué horno se cuece y me ha hecho reñir con mi novio, con el único hombre a quien he querido, a quien quiero y a quien querré y crea usté que si yo me hubiera visto en el caso de usté me hubiera faltado la educación que a usté le sobra, palabra.

Ern. Gracias, gracias.

Tul. Su marido, para usté, para mí el otro; el que me corresponde y si no tengo en la cama dos colchones, dormiré en la lona del catre y si no tengo pieles, tendré un mantón. Nací, no sé si pa llevar seda o percal, pero para llevarlo a gusto, sí sé que nací.

Ern. Perdóneme usted.

Tul. Usté es la que me tiene que perdonar a mí.

Ern. ¿Perdonar?... ¡Déjeme usted que la abrace!

Tul. Abráceme usté ya que su marido no lo ha logrado con tres sillerías y un piano... No ha pasado de protector; llevaba dos meses haciendo méritos.

Ern. ¡Usted me devuelve la felicidad!

Tul. No le devuelvo más que a su marido...

Ern. Es usted muy buena. (Abrazándola.)

(En este momento aparece por la puerta del foro IGNACIA que se queda sorprendida al ver abrazadas a Ernestina y a Tulita.)

Ign. ¿Eh?

Ern Ya ve usted, señora.

Ign. Pero...

Tul. Esto quiere decir que puede usté ir avisando a del Rieu para que vaya haciendo la mudanza.

Ign. ¿Qué dices?

Tul. ¡Lo que usté oye!

Ern. ¡Que Tulita es un ángel!

Ign. De modo que...

Tul. Que san se acabó: en esta casa no paga usté más el inquilinato.

Ign. Es decir que se terminó el lujo, las comodidades, el Pom-pom.

Tul. Todo.

Ign. ¿Y lo has pensado bien?...

Tul. Pero venga usté aquí, ¿usté dormiría tranquila sabiendo que por su causa había lágrimas en otra casa? ¿Usté comería con gusto sabiendo que lo que había en el plato se lo quitábamos a otra mujer? ¿Usté viviría, como se debe vivir, sabiendo que estábamos matando a penas y a disgustos a otras personas? Esto es lo que debemos hacer, y si usté me aconsejase lo contrario, tal vez me diera lacha vivir al lado de usté.

Ign. Pues tiés razón; pero que muchísima razón Ese tío, y usté perdone, es un viejo verde, y uste perdone, y no tié ni pizca de vergüenza, y usté perdone; por haber faltao a una mujer como la que tiene y si ustés quieren de esta casa sale llevándose lo que merece por haber faltao a la pistóla que le leyó el cura y a la rúbrica que le echó el juez de guardia cuando se casó. Y vamos, que no sería yo Ignacia Menéndez, viuda de Gutiérrez, ni tú Tulita, es decir, Gertrudis Gutiérrez, ni usté Ernestina... no sé qué mas, si su esposo de usté y proteztor de ésta hasta hace un rato no sale de este domicilio corrido, avergonzao y hasta señalao si ustés quieren y me ayudan cuando yo le amague.

Ern. No es necesario.

Ign. Y, vamos, que soy capaz de tirarle por el balcón tocs estos muebles tan finismos y hasta el elétrico del «Pom-pom» pa ver si le pilla cuando salga del portal.

Ern. No me equivoqué al venir a esta casa.

Ign. ¡Qué se iba usté a equivocar! Nos ha tocao usté en el corazón y ese chisme lo tenemos toas las Menéndez más tierno que un rábano. Si usté hubiera venido a malas es muy posible que de aquí hubiera usté ido a casa del que hace bisoñés; pero ha venido usté como ha venido y el que va a ir a que lo compongan es su señor esposo. Yo me

pongo en el caso de usté y, vamos, que me se empiezan a engarabitar los dedos y a subirme un sofoco que me se fija en la punta de la nariz en cuanto me emberrenchino y me va a costar la risipela; pero tal vez no me risipele yo sola.

Ern. ¿Y vendrá él pronto?

Ign. Qué si vendrá. Ya debía estar aquí: hoy quedó en cenar con nosotras.

Ern. Pero que...

Ign. Sinvergüenza, no se quede usté nunca con un insulto dentro, que se indigestan. ¿Quién ustés una cosa?

Tul. ¿Qué?

Ign. Que cene aquí y yo me encargo de que la cena le siente como un tiro. Hago con él lo que con mi Isidoro.

Ern. No, eso, no; de su castigo me encargo yo.

Ign. ¿Usté?

Ern. Sí, yo.

Ign. No tié usté uñas.

Ern. ¿De modo que vendrá?

Tul. Seguramente; dijo que hoy vendría más temprano, que buscaría un pretexto...

Ign. Y que vendrá desfigurao.

Ern. ¿Desfigurao?

Ign. Sí, señora, porque ésta ayer en broma le dijo que los hombres con bigotes le parecían guardias y quedo en afeitarse.

Ern. ¡Oh, eso sí que no lo hace!

Ign. ¡Anda que no!... Y si no viene y usté quiere le afeito yo en seco y si me apuran ustés le hago hasta coronilla.

Ern. Así me explico por qué tenía tanto interés en quitarse el bigote. ¡Para gustar a otra mujer! Pero no, esta vez me salí yo con la mía y no lo consentí.

Ign. Inocente: se salió usté con la suya porque estaba en su casa; pero aquí, se pela.

Tul. ¡No conoce usted a los hombres!

Ern. Tengo la absoluta seguridad de que ese disgusto no me lo daría.

Ign. ¡Ese y treinta más; son muy perros! Usté se convencerá.

(Suena el timbre dos veces.)

Tul. ¡El!

Ign. Ya está ahí. Así llama siempre.

Enr. Dios mío.

Tul. Venga usté, venga usté por aquí. Saldrá usté y se lo llevará a su casa.

Enr. No me sostienen las piernas.

Tul. Venga usté conmigo, señora. (Vanse por la izquierda Tulita y Ernestina.)

Ign. Panolis he tratao en esta vida; pero como ésta, ninguna. ¡Y qué guapa es!... Paece mentira que una mujer así se haiga casao con esé ave fría.

(Por el foro entra JOSÉ MARÍA con una cara de felicidad que da gusto verle.)

J. María Querida señora Ignacia.

Ign. ¿Qué tal va, don José María?

J. María ¿Y Tulita?

Ign. En la cocina; pero en seguida vendrá, ya la habrán dicho que está usté aquí.

J. María Voy a buscarla.

Ign. ¡No!

J. María ¿No quiere usted que la vea de cocinera?

Ign. Es que es usté demasiao fino pa estar entre fregonas.

J. María Pero cuando las fregonas son tan guapas como Tulita... Voy a verla.

Ign. (Deteniéndole.) Espere usté, hombre, no sea usté tan súpito.

J. María Ah, vamos, eso es que me preparan ustedes alguna sorpresa.

Ign. ¡Y gorda!

J. María ¿Y si yo la dijese a usted que ya sé cual es?

Ign. ¿Eh?

J. María Que ya sé cual es esa sorpresa.

Ign. Me paece que no.

J. María ¿A que sí?

Ign. ¿A que no?

J. María ¿Se apuesta usted un duro?

Ign. Apostao.

J. María ¡Sé que me va usted a hacer escabeche!

Ign. No me han dejao... que si no...

J. María ¿Me iba a hacer daño?

Ign. Mucho.

J. María ¿Y esos caracolitos?

Ign. ¡Con los cuernos fuera!

(Aparece por la izquierda TULITA; José María al verla va hacia ella y la estrecha las manos con efusión.)

Tul. ¿Y era usté el que iba a venir hoy más temprano?

J. María Me han entretenido, querida Tulita; fué un amigo a casa y charlando, charlando se

echó el tiempo encima. Luego he tenido que hacer unas compras. Estoy aquí hace un rato, quise ir a buscarte a la cocina, pero no me han dejado.

Ign. Pa que no se manchara. Yo con el permiso de usté me voy pa allá dentro. Si no manda usté na.

J. María Deje usted mandado.

Ign. Hasta luego. (Se va hacia la puerta de la izquierda.)

J. María ¡Pst!

Ign. ¿Quié usté algo?

J. María Le acabo de comprar a usted unos rollos de música preciosos, de los que a usted le gustan. Se bailan solos.

Ign. Pues me parece que hoy bailamos aquí toos.

J. María Yo con Tulita.

Ign No le faltará a usted pareja. Hasta ahora. (Vase por la izquierda.)

J. María (Sentándose) Siéntate aquí a mi lado, Tulita.

Tul. Estoy bien aquí.

J. María ¿Pero cuándo querrá Dios que en una contestación tuya vea una frase de afecto? Eres demasiado seca, hija mía.

Tul. Y qué le vamos a hacer, cuestión de carácter.

J. María Dime ¿cuándo vas a cambiar, un poco nada más?

Tul. ¡El día menos pensado!

J. María ¿Y ese día está muy lejos?

Tul. No señor, está muy cerca.

J. María ¿Mucho?

Tul. Más de lo que usté se figura.

J. María ¿No me engañas?

Tul Yo no sé mentir.

J. María ¡Ay, Tulita!

Tul ¡Ay, don José María!

J. María ¡Y dale con el don!... ¿Cuándo me vas a complacer llamándome José María; o José a secas; o Pepe... o Pepito?

Tul. ¿Que cuándo?

J. María Sí, cuándo va a ser: ¿También el día menos pensado?

Tul. No; en cuanto usté me complazca en lo que yo le pida, entonces le complaceré yo a usté.

J. María ¿Y en qué no te complazco yo, Tulita, dime en qué?

Tul. (Acercándose a José María y dándole un tirón de una de las guías del bigote.) En esto.

J. María ¡Ay, hija me has hecho daño.

Tul. Sigue usté tan de guardia municipal como ayer... y a mí los guindillas me han causado siempre mucho respeto.

J. María Pero si es un capricho tonto.

Tul. Es que yo quiero que los hombres hagan en todo mis caprichos, sin fijarse si estos son listos o son tontos. ¿Me entiende usté?

J. María ¿No comprendes que es una tontería?

Tul. Aunque lo sea. A lo mejor será que esos bigotes le gustan a su señora.

J. María Mira, dejemos ahora a mi señora.

Tul. Y es muy guapa doña... ¿Cómo se llama su esposa?

J. María ¡Y dale!

Tul. ¿Cómo se llama?

J. María Ernestina.

Tul. Qué nombre tan bonito tiene; más que el mío, Gertrudis. ¿Y es muy guapa?

J. María Mucho.

Tul. ¿Y será muy elegante?

J. María Muchísimo.

Tul. Y muy...

J. María ¿Es que no tienes otra conversación un poco más amena? Mi mujer es guapa, elegante, distinguida; pero tú eres guapísima, elegantísima, distinguidísima..

Tul Cual le gusta a usté más. ¿La verdad?

J. María ¡Tú! (Se acerca mucho a Tulita con la sana intención de darla un beso.)

Tul. (Retirándose violentamente.) Con esos bigotes, no.

J. María ¡Otra vez! ¡Qué manía! (Tulita coge las tijeras que al principio del acto dejó la criada sobre la mesa.)

Tul. Venga usté. (Rápidamente le coge una de las guías del bigote y hace intención de cortarla.)

J. María Quita, mujer. (Se atusa para cerciorarse de que no ha sufrido deterioro.)

Tul. ¡Por poquito, ris!

J. María ¡Qué susto me has dado! (Vuelve a atusarse.)

Tul. No, no se atuse usté que está enterito.

J. María Si me descuido...

Tul. (Yendo hacia José Maria con las tijeras en la mano.) ¡Don José María!

J. María (Muy escamado de las intenciones de Tulita) Qué, Tulita.

Tul. Complázcame usted.

J. María No puede ser... otro día... hoy no...

Tul. (Se acerca muy cariñosa y las siguientes frases las dice

muy persuasivamente. El está encantado del mimo con que le trata; pero cuando ella acerca la cara a la suya él se retira prudentemente sin perder de vista ni un momento el abrir y cerrar de las tijeras.) Déjeme usté que me salgá con mi caprichito tonto y yo le prometo quitarle ese don respetuoso que tanto le molesta; ser cariñosa, muy cariñosa y llamarle a todas horas José María... o José a secas... o Pepe... o Pepito.

J. María (Entusiasmado.) Conque Pe... pi... to.

Tul. Sí, Pe... pi... to.

J. María (A punto de dejarse esquilar.) ¿Dices que Pepito?... Pe... (Acerca la cara y cuando ella va despacito a salirse con la suya, reacciona.) ¡Que no, ea! Pídeme lo que quieras; pero esto no!

Tul. Pues esto o nada; ya es cuestión de amor propio.

J. María Reflexiona.

Tul. No quiero reflexionar. Si trata usté de conservar esos cuatro pelos, porque así le gusta usté a otra, para ella, yo quiero a los hombres a gusto mío nada más.

J. María Pero si es que...

Tul. Y conmigo no cena usté esta noche así. Cena usté solo con mi madre.

J. María Con tu madre ¡y caracoles!

Tul. Está dicho: Tulita no tiene más que una palabra. (Se sienta con un enfado muy bien fingido dando la espalda a José María. Este sostiene una lucha terrible: se atusa el bigote, como dándole el último adiós y va hacia Tulita dispuesto al sacrificio en el momento en que ésta cierra las tijeras. El ruido le hace retroceder; pero vuelve hacia ella cada vez más rendido. Tulita le mira con el rabillo del ojo.)

J. María (Con resolución trágica.) ¡Hágase tu voluntad! ¡Esquílame!

Tul. ¡Ya lo sabía yo! (Le trinca una guía y ¡zas! le mete la tijera.) ¡Ya está!

J. María ¡Ay! (Lanzando un suspiro que le sale del alma.) *¡Consumatum est!*

Tul. ¡Qué raro está usted! Don... no, José María. Pepito. ¡Ja, ja, ja! (Riéndose.)

J. María ¡Lo creo!

Tul. No tiene usted idea, don... Pepito a secas.

J. María Anda, hija; ya que has empezado, acaba la operación: corta la otra guía.

Tul. Espere usted un momentito que voy por un espejo; quiero que se ría usted un poco.

J. María (Riéndose con la risa del conejo.) Que me ría. ¡Ja, ja, ja! Debo estar graciosísimo.

Tul. Pero graciosísimo. (Riéndose.) Voy por el espejo; en seguida vuelvo. (Vase por la izquierda riendo a carcajadas. José María también se ríe hasta que desaparece Tulita, y entonces se queda más serio que un ajo.)

J. María ¡Qué disgusto más gordo voy a tener con mi mujer! ¡Y qué le digo yo a Ernestina? ¿Cómo justifico esto? Debo estar hecho un mamarracho. (Se dirige hacia el balcón y empieza a mirarse en los cristales. Por la izquierda sale ERNESTINA y de puntillas se dirige hacia su marido que sigue mirándose en el cristal.) Lo dicho, un verdadero mamarracho.

Ern. (Tapándole los ojos y fingiendo la voz.) ¡Pepito!

J. María (Acariciando las manos de su mujer.) ¡Tulita!

Ern. ¡Pepito!

J. María Tu... (Volviéndose y quedándose aterrado al ver a Ernestina.) ¡Tú... tú... tú...

Ern. Sí, yo. (Con gran tranquilidad.)

J. María ¿Tú aquí?

Ern. He venido a la peluquería.

J. María (Cada vez más atolondrado.) ¿Cómo en esta casa?

Ern. Quería aprender a guisar caracoles.

J. María Por lo visto estábais de acuerdo, me habéis preparado esta encerrona.

Ern. ¡Llámala como quieras; me da lo mismo, Pepito!

J. María ¡Ernestina!

Ern. ¡No te pongas serio, que con esa cara estás muy gracioso, Pepito!

J. María (Tapándose rápidamente.) No me llames Pepito, te lo suplico.

Ern. ¿No te gusta que te llamen Pe... pi... to?

J. María Ernestina, déjame que te explique, no hagas juicios sin oirme, padeces un error indudablemente. Yo he venido a esta casa, es cierto, pero mi presencia aquí no obedece a lo que te figuras. Yo te juro...

Ern. No jures nada. Lo he oído todo, has venido por una mujer y yo he venido por un hombre, en eso estamos iguales; solo que tú buscabas a una que no era la tuya y yo busco al mío, esa es la diferencia. El encanto de «Lo que no se tiene», yo iba no teniendo marido y quería tenerlo... Lo que no se tiene... es vergüenza. ¿Verdad, Pepito?

J. María ¡Pepito, no!
Ern. ¡Pepito, sí! (Va hacia la puerta de la izquierda.) ¡Tulita!
J. María ¡Vámonos antes de que vengan! ¡Vámonos!
Ern. (Deteniéndose.) ¡Espera!
Tul. (Por la izquierda.) Señora.
J. María Tuli... Señorita.
Ern. Se llama Tulita.
J. María Vámonos...
Ern. Ahora, sí. Buenas tardes...
Tul. Buenas tardes.

(Se dirigen hacia la puerta del foro en el crítico momento que aparece IGNACIA. Trae un papelito en la mano.)

Ign. ¿Pero, cómo, no se quedan ustés un ratito más?
J. María ¡No!
Ern. Sí, nos vamos ya, tenemos mucho que hablar. Buenas tardes.

(José María, tirando del brazo de su mujer, trata de hacer mutis cuanto antes.)

Ign. (A José María.) ¡Chist! ¡Chist!

(José María se vuelve obligado por su mujer.)

Ern. Que te llaman, Pepito.
Ign. (Dándole el papelito.) ¡El bigotito, pa un guardapelo!

(Ernestina y José María salen por el foro. Ignacia y Tulita quedan en escena riéndose a carcajadas. El Pom-pom vuelve a sonar furiosamente. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

(Al alzarse el telón está en escena JOSÉ MARÍA leyendo un periódico. De pronto suena en una de las habitaciones interiores la habanerita célebre, y José María pega un bote y tira el periódico.)

J. María ¡Esto es que ya no se puede aguantar! (Vase por la primera derecha.)

Ern. (Por la izquierda, apenas ha salido José María.) Vaya usted con Dios, don Pepito. (Mirando por la puerta por donde salió su marido.) Tú no vuelves a las andadas en toda tu vida... y bien sabe Dios que sufro aún más que tú; pero lo mereces. (Toca un timbre.)

Petra (Por la segunda derecha.) ¿Llamaba la señorita?

Ern. Sí; ¿ha vuelto Faustino?

Petra Hace un momento.

Ern. ¿Trajo el encargo?

Petra Sí.

Ern. ¿Dónde lo has dejado?

Petra Donde me dijo la señorita, en su gabinete.

Ern. Está bien.

Petra ¿Quiere usted que lo traiga?

Ern. No; ahora iré yo a verlo.

Petra ¿Manda algo más la señorita?

Ern. ¿Sabes si llevó Faustino la carta?

Petra Sí, y dice que se la entregó al propio señorito Vicente; salía de su casa cuando él entraba.

Ern. ¿Dijo algo?

Petra Que vendría en seguida.

Ern. Bien, bien; puedes retirarte.

Petra Pues con el permiso de la señorita. (Vase por la derecha.)

Ern. ¿Qué se habrá figurado ese... amigo de mi marido al recibir una carta mía citándole en mi casa? Tal vez a estas horas se haya hecho un mundo de ilusiones. Otro desdichado como ese... solo que aquel es de más cuidado.

Petra (Por la derecha.) Señorita.

Ern. ¿Qué pasa?

Petra Ahí está una mujer que dice que tiene que ver a usted para una cosa urgente.

Ern. ¿Una mujer?

Petra Sí, una mujer... un poco ordinaria; viene con mantón y trae unos pendientes de brillantes preciosos. Tiene facha como de carnicera. Dice que es la señora Ignacia, la madre de Julita o de Tulita. Me parece recordar que ya ha venido otra vez y que la recibió la señorita.

Ern. Dile que no estoy en casa.

Petra Está bien...

Ern. Pero no, espera. Sí, dile que pase.

Petra ¿Aquí?

Ern. ¿Dónde está el señorito?

Petra Encerrado en su gabinete.

Ern. Pues di a esa mujer que pase aquí.

Petra En seguida. (Vase por la derecha.)

(Ernestina cierra la puerta del cuarto de su marido.)

Ern. ¿Qué querrá esta mujer? Bien merece que la reciba; después de todo a ellas debo en gran parte el rescate de mi marido. Resultaron dos infelices.

Petra (Por la derecha con IGNACIA.) Pase usted. (Vase la muchacha. IGNACIA trae en la mano una caja pequeña.)

Ign. Señora, usté disimule la libertad que me tomo al venir otra vez a su casa; pero ahora no ha sido por mi voluntad.

Ern. Puede usted venir cuando quiera.

Ign. Muchàs gracias.

Ern. Siéntese usted y dígame a qué obedece su visita.

Ign. Ante todo, conste que ya cumplí el encargo; fuí ande usté me mandó.

Ern. Sí, ya lo sé.

Ign. Miá que ha sido gusto.

Ern. Un capricho como otro cualquiera. ¿Y qué la trae por aquí?

Ign. ¡Ay, doña Ernestina de mi alma! Cosas de Tulita, que desde hace ocho días no me deja vivir y está siempre con la misma murga dende que se levanta, diciéndome a todas horas: Ande usté, que tié usté que llevar eso a esa señora, que vaya usté y devuélvaselo, que yo no quiero nada de ese... señor, ni Manolo tampoco lo quiere. Manolo es el novio antiguo con quien se ha vuelto a arreglar pa freirme más la sangre.

Ern. ¿Ha reanudado las relaciones?

Ign. Las ha reanudao, como usté dice, y no es lo peor eso, sino que ni atá vuelve al varietés, porque a él se le ha metido en la cabeza que no la quié ver con lentejuelas y me la ha hecho volver al obrador y allí la tié usté agarrá a la plancha tóo el santo día sin que sirvan pa na, ni mis consejos, ni mis sermones, me oye como quien oye llover, y es que ese tío la ha dicho que el tablao o él. Na, señora, que ya estamos a dos dedos de la miseria de antes: ella se casará, y yo me veo otra vez en Pogreso gritando: ¡Cuántas calentitas! (Pregonando a voces.)

Ern. ¡Chits! No grite usted tanto.

Ign. Es verdad, usté perdone; pero es que no lo sé decir más que a grito pelao, la costumbre. ¡Ay, no sabe usté lo que llevo pasao en estos días! Tóas las mañanas al peinarme me tengo que quitar alguna cana. Y es que una se acostumbra muy pronto a lo bueno, y luego el bajar se hace muy cuesta arriba. Ya ve usté qué diferiencia tan grande: antes dos criás; ahora frego yo; antes dos principios, ahora sota, caballo y rey; antes pa cenar tres platos, ahora en uno las patatas y la ensalá; antes un entresuelo en la calle del Pez, ahora un cuarto cuarto interior en la de los Tres Peces... es en lo único que hemos ganao, en los peces, en vez de uno, tres.

Ern. Bueno, bueno, y aún no me ha dicho usted qué es lo que me quiere devolver.

Ign. Yo no soy, señora, es ella; yo en mi vida hubiera hecho una *ación* semejante, porque diga lo que diga y lo mire por ande lo mire, esto que hace es una grosería; y na más que

una grosería. ¡Devolver lo que a una la han regalao sin pedirlo! ¿Está usté?

Ern. Estoy esperando que me diga usted qué es lo que me quiere devolver.

Ign. Pues esto. (Dando a Ernestina la cajita que tiene en la mano.) Y eso que yo la he dicho: verás cómo no lo admite, que yo conozco a doña Ernestina y sé que es una señora, muy señora, a quien la sobran las alhajas pa pringarse en una porquería como esta.

Ern. ¿Y qué es esto?

Ign. Dos sortijas, una con un brillante y un záfiro y otra de lanzadera; un pendantiz y un reloj de pulsera de oro que le regaló su esposo de usté a Tulita cuando aztuaba en los varietés.

Ern. (Empezando a desenvolver el paquete.) ¡Ah, ya!

Ign. Los pendientes no están ahí; los traigo yo puestos, me he querido despedir de ellos. Las alhajas han sido siempre mi debilidaz: los brillantes sobre tóo, es que me vuelven loca.

Ern. No es a usted sola.

Ign. Y que usté lo diga; también a los hombres. Lo menos hacía cinco años que no se habían metido conmigo en la calle; pues bueno, no he hecho más que ponerme los solitarios y en la plaza de Antón Martín me se para un tío delante y me dice con la mar de gracia: «Morena, la desempedraba a usté de un bocao.» Ya verá usté cómo ahora a la vuelta no hay quien me desempedre. (Se empieza a quitar los pendientes.)

Ern. Espere usted. Estas alhajas no son de mi marido.

Ign. ¿Ah, no?

Ern. Son mías.

Ign. Se las había quitao a usté pa dárselas a... ¡Hay que ver!

Ern. No, mujer; ¡qué barbaridad! Eran de mi marido; pero ahora ya son mías.

Ign. (Con tristeza.) Es verdad.

Ern. Y yo soy ahora quien se las regala.

Ign. ¿De veras?

Ern. De veras.

Ign. Ya sabía yo que usted no se pringaba.

Ern. ¡Claro que no! Ya le dije que no quería más que el piano eléctrico.

Ign. ¡Ay! ¡Mi debilidad!

Ern. Y la mía ahora: cada cuarto de hora tiene orden la doncella de enchufar el «Pom-pón». Conque, dé usted estas alhajas a su hija y dígala que soy yo quien le hace este regalo. Y a ese Manolo le dice usted también...

Ign. Lo que es a Manolo no le digo yo na: estamos tarifaos.

Ern. ¿Cómo?

Ign. Que no nos dirigimos la palabra más que pa decirnos algo desagradable.

Ern. Entonces se lo dice usted a ella sola.

Ign. ¿Y si no las aceta?

Ern. Siendo mías no creo que pueda tener inconveniente.

Ign. Es que yo conozco a mi hija y sé que no las aceta. Sale a su agüelo en lo cabezota. Más tié de él que de mi marido. Aquél si decía, es un poner, meto la cabeza por este tabique, por lo menos lo descascarillaba. Se metió en la guerra carlista na más que por llevar la contraria a mi suegra, que no le gustaban las boinas, y llegó a mandar una partida.

Ern. ¿Fué cabecilla?

Ign. No, señora; cabezota, como su nieta.

Ern. Ya lo sabe usted. Usted la dice que ahora son mías, nada más que mías.

Ign. Que no las aceta, que no las aceta.

Ern. ¿Y qué le vamos a hacer?

Ign. Es que yo quería pedirla a usté un favor.

Ern. Usted dirá.

Ign. En caso de que dé una rabotá y diga que no y que no, ¿me da usté permiso pa que las empeñe y si a mano viene venda la papeleta?

Ern. Ya la he dicho que son de ustedes y que pueden hacer con ellas lo que se les antoje.

Ign. ¡Si fueran mías! Con estas piedras y con estas carnes, ¡la guerra que iba a dar entodavía la señá Inacia! Y no canso más. (Levantándose.)

Ern. Vaya usted con Dios.

Ign. ¿Me deja usté que la dé un beso?

Ern. ¿Y por qué no?

Ign. (Dándole el beso.) Se lo merece usté, por buena.

Ern. Muchas gracias.

(Ignacia llega hasta la puerta y vuelve.)

Ign. Otra pregunta, y no lo tome usté con malicia. ¿Es casao el portero de esta casa?

Ern. Y con tres hijos.

Ign. ¡Qué lástima! Me he engañao: tié una mirá de soltero que asusta. Buenas tardes. (Vase por la derecha.)

Ern. Adiós mujer, adiós. (Toca el timbre.)

Petra (Por la derecha.) ¿Llama la señorita?

Ern. Si vuelve otro día esa mujer, que no estoy en casa, que he salido de paseo y que es muy difícil encontrarme. No quiero recibirla más.

Petra Está bien, señorita. (Vase por la derecha.)

Ern. Ya he hecho bastante por ellas, no tienen motivo para quejarse de mí... y esta mujer me parece una lagartona como una casa.

Petra (Por la derecha acompañando a VICENTE. Una vez que éste entra en escena, la muchacha se retira.) Pase usted por aquí. Señorita, don Vicente Acebedo.

Ern. ¡Ah!... Vicente.

Vic. Ernestina, hace un momento que he recibido esta carta de usted.

Ern. (Indicándole la butaca y dejándole con la mano extendida.) Siéntese usted, que en cuatro palabras le diré lo que *necesito* de usted.

Vic. Lo que usted me mande; mi mayor placer es servirla, poderla ser útil en algo. Estoy incondicionalmente a su disposición.

Ern. Está bien, está bien.

Vic. Pues usted dirá.

Ern. Hace ocho días que no dirijo la palabra a mi marido; le sorprendí donde debía sorprenderle, y al llegar a casa después de unas brevísimas explicaciones empezó mi silencio, que dura todavía.

Vic. Pero mi intervención en este asunto, ¿cuál ha de ser?

Ern. Sencillísima: usted viene de visita, y usted le habla y le dice que sabe por mí todo lo ocurrido, y que usted, como buen amigo, ha solicitado su perdón.

Vic. ¿Que yo he solicitado?...

Ern. Sí; y que estoy dispuesta a perdonar y a olvidarlo todo si él, mostrándose arrepentido me da cuantas explicaciones merezco.

Vic. De modo que...

Ern. Que *necesito* que haga usted cuanto he dicho; ese ha sido única y exclusivamente el objeto de mi carta.

Vic. Yo lo deploro con toda mi alma... (Levantándose.)

Ern. ¿Eh?

Vic. Pero no puedo complacer a usted.

Ern. Está bien. Entonces buscaré por otro camino la misma solución, que es la reconciliación con José María, y cuando llegue la hora de las explicaciones le diré por quién me enteré de su infidelidad.

Vic. ¡Ernestina!

Ern. Le contaré cómo usted, con habilidad, supo tirarle de la lengua para que yo escuchase cuanto me interesaba.

Vic. ¡Ernestina!

Ern. Le referiré, ce por be, toda la conversación de usted.

Vic. ¿Pero también?...

Ern. También. Le diré que usted, abusando de una amistad franca, tuvo el atrevimiento de declarárseme; que en frases de poeta chirle me dijo usted que yo era bendita entre todas las mujeres, que necesitaba usted que yo le quisiese, que correspondiera a su pasión; le diré también que me llamó usted mirlo.

Vic. ¿Será usted capaz?

Ern. ¿De acordarme de todas las simplezas que usted me dijo? De todas; tengo una memoria felicísima.

Vic. ¡Está usted jugando conmigo!

Ern. ¿Para qué quiso usted jugar con mi marido?

Vic. Bien me pesa.

Ern. Más vale que no me haya pesado a mí. ¿Qué? ¿Me arregla usted con José María?

Vic. ¡Ernestina!

Ern. Conteste usted sí o no.

Vic. Es que...

Ern. Yo le prometo olvidar todo aquello. Además, celebraremos la paz del matrimonio con una comida íntima: él, usted y yo.

Vic. ¡Muchas gracias!

Ern. ¿Paso recado diciendo que le espera usted?

Vic. Si no hay otro remedio...

Ern. No hay otro remedio.

Vic.	¡Qué le vamos a hacer! A la fuerza ahorcan.
Ern.	Es usted un buen amigo de mi esposo. ¿Eh? ¿Decía usted algo? (Llama al timbre.)
Vic.	No, no decía nada.
Ern.	Creí que había repetido usted lo de la horca.
Petra	(Por la derecha.) ¿Qué desea la señorita?
Ern.	Di al señorito Pepito que le aguarda don Vicente. (Vase Petra.)
Vic.	¿Cómo Pepito?
Ern.	Ahora le llamamos así todos en casa: es un capricho que tiene. Llámele usted también Pepito; le agrada mucho.
Vic.	¡Qué caprichos!
Ern.	Hay que respetárselos.
Petra	Don Pepito que viene en seguida. (Vase.)
Ern.	Les dejo a ustedes solos... En sus manos de usted está nuevamente la felicidad de este matrimonio... ¡Ah! Y conste que no olvido el ofrecimiento: está usted invitado a la primera comida de esta segunda luna de miel.
Vic.	Estoy a régimen; pero lo agradezco lo mismo.
Ern.	Que usted lo pase bien.
Vic.	Vaya usted con Dios, Ernestina.
Ern.	Se va el mirlo blanco; ya ve usted lo caros que resultan estos pajaritos. Hasta otro día. (Vase por la izquierda.)
Vic.	¡Y tan caros! Fíese usted de las muñequitas de biscuit. Yo la llamé mirlo; pero ella me llamó besugo, ¡y cómo acertó!
J. María	(Sale por la primera derecha con una cara de melancolía que impresiona.) ¡Hola, Vicente!
Vic.	Al fin pareciste... (Soltando la carcajada al ver afeitado a su amigo.) ¿Pero qué has hecho? ¡Pareces un cómico!
J. María	Hazme el favor de no reirte, que no te lo tolero; no estoy para bromas.
Vic.	Pero si es que... (Riéndose con todas sus ganas.)
J. María	Tienes razón; ríete hasta que te canses. Lo que me sucede es para mí una tragedia íntima espantosa; para los demás una escena de comedia de astracán.
Vic.	¿Y qué has hecho de aquel bigotazo?
J. María	Aquí lo llevo. (Por el dije de la cadena del reloj.)
Vic.	¿Ahí?

J. María — Sí; y aquí lo he de llevar hasta que me muera, y es fácil que me acompañe el guardapelo en mi viaje al otro mundo. Espera un momento. (Toca el timbre.) Esto es espantoso, amigo Vicente, espantoso.

Vic. — Pero ¿me quieres explicar?...

J. María — Ahora te contaré.

Faus. — (Por la derecha.) ¿Llamaba el señor?

J. María — Sí; trae una copa con dos deditos de agua y el bote del bicarbonato. (Vase el criado.) Tengo unos ardores de estómago que me abraso. ¡Es claro, tanta guindilla!

Vic. — Algo muy gordo te ha ocurrido en estos días.

J. María — De un volumen excepcional. Ahora te contaré cuanto ha ocurrido y comprenderás mi estado de ánimo. Yo no soy una persona, soy un trapo, un despreciable pingo.

Faus. — (Por la derecha con el vaso de agua y el bote del bicarbonato.) Aquí está el bicarbonato.

(José María echa una cucharadita en el agua, lo disuelve y se lo bebe.)

J. María — Gracias, Faustino.

Faus. — ¿Desea usted algo más?

J. María — Nada más.

Faus. — Con su permiso. (Vase.)

J. María — Querido Vicente, ¿te acuerdas de lo que te conté, la última tarde, de mi conquista? Pues bueno, Ernestina se enteró de todo y me sorprendió en casa de Tulita.

Vic. — ¡Caracoles!

J. María — ¡No me nombres esos animalitos, por tu salud!

Vic. — ¿Qué dices?

J. María — Que desde hace ocho días los caracoles son el plato fuerte de todos los almuerzos. Estos ardores del estómago deben ser cornadas que me dan, porque siento unas punzadas como puntazos. Sí, Vicente, esto ya no es una casa; esto es un ventorro de los Cuatro Caminos: callos, caracoles, ensalada de escabeche y valdepeñas a todo pasto.

Vic. — ¿De modo que Ernestina lo sabe todo?

J. María — Absolutamente todo.

Vic. — ¿Y te sorprendió?

J. María — In fraganti. Y no quieras saber la escena en casa de Tulita. Por lo visto estaban de acuerdo y me cogieron en la ratonera.

Vic. ¡Pobre Pepito!

J. María (Con gran indignación.) No, Pepito, no. ¡Eso sí que no te lo aguanto! Ya es demasiado Pepito: Pepito mi mujer, Pepito la doncella, Pepito el criado y Pepito tú, no; tanto Pepito, no.

Vic. Bueno, hombre, bueno; no te excites. Tranquilízate.

J. María ¡Ay, si yo cogiera a la persona que fué con el soplo! ¡Cómo me iba a pagar todo lo que yo estoy pasando! ¡Un puñetazo por cada caracol que me he comido!

Vic. ¿Y tú crees que alguien puso a Ernestina al corriente de todo?

J. María Indudablemente.

Vic. ¿Y fué a buscarte?

J. María ¡Fué! Excuso decirte las tripitas que yo traía en el coche cuando volvíamos a casa; esperaba, una vez aquí, una escena de llantos, de recriminaciones, de quejas y hasta de ataques; pero nada. Mi mujer, con una tranquilidad que me heló la sangre, me colgó este guardapelito, y se terminó. No hubo ni lágrimas, ni reproches; no hizo falta acudir a la botella de la antiespasmódica. Desde ese día su carácter ha cambiado en absoluto: hace cosas de que antes era incapaz; pronuncia mal las palabras, cosa que me crispa los nervios; dice unas chulerías que me descomponen, y hasta una noche, atérrate, porque unos callos que trajeron de la Viña P no tenían suficiente picante, soltó un ajo. ¡Ella, un ajo! Te digo que mi situación es como para pegarse un tiro.

Vic. ¿Y no os cruzáis la palabra?

J. María Cuantas veces lo he pretendido, ha sido inútil: me mira, hace un sorbetillo muy gracioso y me vuelve la espalda. Esta casa es un cementerio; solo la alegra de vez en cuando las alegres notas de un pianito que ha puesto en el comedor. ¿Tú no te acordarás de la habanera del «Pom-pom»?

Vic. En este momento no la recuerdo.

J. María ¡Hombre feliz! ¡Ah!; pero como estés en esta casa cinco minutos más, saldrás tarareándola. Además, como yo no puedo salir de casa estoy quedando mal con todo el mundo. El otro día, para la votación del proyecto que

tanto interés tenía el Gobierno en sacar adelante, recibí un besalamano del Presidente rogándome que asistiese a la votación.

Vic. ¿Y no fuiste?

J. María ¡Qué iba a ir! Si contestó Ernestina con otro besalamano escrito a máquina, poniendo con mayúsculas: «Que vote Rita.» Figúrate, me ha hecho polvo la carrera política.

Vic. Tu mujer no es capaz de enviar esa carta.

J. María Ya no lo sé; la creo capaz de todo.

Vic. ¡Pobre José María!

J. María Haces bien en compadecerme... ¿Y qué debo yo hacer ahora?

Vic. Pedir perdón a tu mujer.

J. María No me hace caso.

Vic. Te lo hará.

J. María Tú no sabes cómo se ha vuelto.

Vic. Porque lo sé te lo digo.

J. María ¿Cómo que lo sabes?

Vic. Cuanto me has contado, me lo había dicho ella momentos antes de salir tú.

J. María ¡Ella!

Vic. Sí; he hablado con Ernestina; me lo ha referido todo, y como comprenderás, yo le he quitado importancia, te he disculpado, hasta donde se te podía disculpar.

J. María ¡Eres un amigo como hay pocos!

Vic. Y hasta la he pedido tu perdón.

J. María ¿Y qué te ha dicho?

Vic. Que no.

J. María ¿Lo ves?

Vic. Al principio; pero tanto he insistido, tales han sido mis razones, que poco a poco fué cediendo su intransigencia, y ahora está dispuesta a perdonar y aun a olvidar todo cuanto ha pasado, siempre que tú te muestres arrepentido de tu conducta y le dés las explicaciones que ella se merece.

J. María ¡Cuantas me pida! Todo por volver a la vida de antes; todo por su cariño, porque ¡ay, Vicente!, cada día estoy más enamorado de mi mujer. Si no fuese así, ¿cómo iba a aguantar lo que he aguantado?

Vic. De ti depende ahora. Llama al criado, diremos que la avise, yo me marcho y cuando ella venga, tenéis esas explicaciones.

J. María Dame un abrazo, Vicente. (Abrazándole.) No olvidaré nunca lo que hoy haces! Siempre

recordaré que te debo mi felicidad. Una vez reconciliados, celebraremos esta nueva luna de miel con un almuerzo íntimo: ella, tú y yo.

Vic. ¡No! Ya le he dicho a Ernestina que estoy a régimen.

J. María Y yo también: ¡de guindilla! (Se acerca a la mesa y toca el timbre.)

Vic. Y ahora os dejo solos: me voy.

J. María Con mi gratitud eterna. Esto son amigos. Déjame que te dé otro abrazo. (Le abraza.)

Vic. Los que quieras.

Faust. ¿Llamaban aquí? (Por la derecha.)

Vic. Diga usted a la señora que tenga la bondad de venir.

(Vase Faustino por la izquierda.)

J. María Estoy más nervioso que el día que la pedí relaciones.

Vic. Adiós, José María.

J. María Adiós, Vicente, y gracias, muchas gracias.

Vic. No tienes que agradecerme nada.

J. María Mucho, muchísimo. (Vase Vicente. José María le acompaña hasta la puerta; al volverse se encuentra frente a frente de ERNESTINA, que ha entrado en escena por la izquierda.) ¡Ernestina!

Ern. ¿Y Vicente?

J. María Acaba de salir.

Ern. ¿Pero no me llamaba?

J. María Sí, llamarte te ha llamado él; pero quien tiene que hablarte soy yo.

Ern. ¿Tú?

J. María Sí, yo.

Ern. ¡Ah, vamos! (Da la vuelta con intención de retirarse después de hacer un sorbetillo muy chulo.)

J. María (Deteniéndola.) Te repito que tengo que hablarte.

Ern. ¿Pa qué?

J. María Te suplico que me digas *para qué;* te lo suplico. Siéntate.

Ern. Bueno, si no va a ser muy larga la conversación.

J. María Tal vez sí; por eso te ruego que te sientes. (Se sientan.) Es necesario que hablemos. Ernestina, tengo que empezar por decirte que yo no puedo vivir así.

Ern. ¿Cómo?

J. María Sin que me hables; sin que tu mirada se cruce con la mía, sin que estés a mi lado.

Ern. Tú fuiste el que quisiste huir del lado mío.

J. María Pero he vuelto.

Ern. No, te he traído, que no es lo mismo.

J. María No trato de disculparme, no; reconozco que fuí un... un... un ingrato para contigo; que no merecías que tu marido hiciese lo que hizo, que no merezco perdón.

Ern. Y si reconoces que no lo mereces, ¿por qué lo pides?

J. María Porque no lo merezco; pero lo necesito.

Ern. ¿Lo necesitas?

J. María Sí, lo necesito... Aquello... que no quiero nombrar fué una bobada, no llegó a un capricho; tal vez fué el deseo de hacer una hombrada el que fué niño toda su vida. Ni yo mismo me explico cómo me atreví a hacer aquello: por cariño no fué, te lo juro por el que te tengo a ti... Tal vez sería por vanidad, porque los amigos dijesen: «Ahí va la... la fulana de José María.» Por la imbécil presunción de poder decir: «Tengo puesto un pisito a una cupletista.» Créeme, Ernestina, tú me conoces más que nadie, sabes que soy bueno, que te quiero con toda mi alma, que no puedo vivir sin ti, y vivir sin ti es tenerte a mi lado como una sombra y ver que no inspiro más que un desdén y un desprecio que me llega muy adentro y que... y que me ha hecho llorar, no te lo niego, me ha hecho llorar.

Ern. (Enternecida.) ¿Que te ha hecho llorar?

J. María Sí, he llorado, no me da vergüenza confesarlo.

Ern. (Con gran interés.) ¿De verdad? ¿Y cuándo?

J. María La otra noche: cuando me hicieron daño aquellas malditas gallinejas, al verme solo, con aquellos retortijones tan espantosos, sin que estuvieses a mi lado, consideré lo enorme de mi culpa y pensando en lo que tú habrías sufrido, me eché a llorar; pero a llorar amargamente.

Ern. También yo lloré mucho cuando tuve la certeza de que me engañabas, de que no me pertenecías a mí solo.

J. María Ya estoy bastante castigado; estos días han sido los más crueles de mi vida: tu indiferencia tan bien fingida...

Ern. Fingida, no.

J. María — Sí, fingida; porque sé que me quieres tanto como antes.

Ern. — ¿Estás seguro de ello?

J. María — Tengo pruebas.

Ern. — ¿Cuáles?

J. María — Me bastó la de ayer por la mañana: entraste de puntillas en mi alcoba y creyéndome dormido, muy despacio, sin respirar apenas, me miraste como me mirabas antes, y luego sin casi apoyar los labios, me diste un beso aquí, en la frente.

Ern. — ¿Lo sentiste?

J. María — Sí... ¡Y me eché a llorar otra vez! Pero no con amargura, sino con la alegría mayor del mundo. ¿Te he hecho sufrir mucho, verdad, Ernestina?

Ern. — Mucho. Tú piensa si en un momento hubieran destruído tu felicidad, si alguien te dijese: «Ernestina te engaña.» ¿Qué hubieras hecho?

J. María — Creo que matarte.

Ern. — Pues yo creí morirme: esa es la diferencia. Yo, siendo incapaz de la menor violencia, me atreví a todo y fuí a buscarte, a rescatarte, como puede ir una madre por un hijo pequeño, porque tú eres un niño.

J. María — Un niño grande.

Ern. — A veces recuerdo lo que hiçe y creo que fué un sueño, que yo nunca tuve valor para dar aquel paso; que mi carácter, tímido hasta entonces, no me permitió hacerlo; pero luego pienso en que si otra vez tratases de huir de mi lado, que otra mujer pretendiese robar lo que es mío, vuelvo a convertirme en la de aquella tarde, y estoy segura de que mil veces volvería a hacer aquello que ahora puede parecerme una pesadilla.

J. María — ¡Y dices que no me quieres!

Ern. — Si no te hubiera querido, ¿hubiese llegado a suplicar a quien tuve que suplicar? ¿Me hubiese rebajado... yendo a donde fuí? Estaba loca, loca de envidia.

J. María — ¿De envidia?

Ern. — O de celos, que es igual que envidia, una envidia noble, la única que perdona Dios.

J. María — ¿Y por qué has cambiado tanto en estos días?

Ern. — Porque era preciso, porque tú lo reclama-

bas: te oí decir: «Siempre se desea *Lo que no se tiene*», y quise que en tu casa tuvieras lo que te ofrecían en otro lado: ordinariez a todo pasto. Te entusiasmaste con una mujer porque la viste en un tablado llena de lentejuelas y el brillo te atrajo; la viste bailar y aquellas pataditas te retumbaban en el corazón... A punto he estado de tomar maestro de baile para que me enseñase a bailar.

J. María ¡Ernestina!

Ern. Si no hubieras venido a mi lado arrepentido como te veo, al día siguiente hubiera yo salido de esta casa para no volver jamás; pero vi que no habías cambiado, que seguías siendo el mismo José María que en un momento de infantil locura se permitió tener fulana y quiso poner pisito a una cupletista. Deja que busquen *Lo que no se tiene* aquellos que en su propia casa les falta tranquilidad y cariño; tú en la tuya lo tienes todo... hasta fin-flanes, si crees que esas piruetas son necesarias para tu vida.

J. María No me avergüences más, Ernestina. Perdona y olvida al que, si hizo mal, no calculó el alcance de sus maldades. Perdóname. (Intenta arrodillarse.)

Ern. No, José María; ven aquí: yo lo olvido todo; tú eres el que no debes olvidarlo nunca.

J. María ¿Para qué?

Ern. Para que al pensar en ello, recuerdes lo que padecí yo.

J. María Nuestra luna de miel sólo se nubló unos instantes.

Ern. Y para celebrar la que hoy empieza, quiero hacerte un regalo.

J. María ¿Un regalo?...

Ern. Sí, para la cabecera de tu cama: él te librará de los malos pensamientos. (Entra por la izquierda y sale al momento con un cuadro grande.) ¡Toma! (Lo vuelve y es una magnífica ampliación de la señá Ignacia, retratada en plena ordinariez.)

J. María (Aterrado.) ¡No, Ernestina, no!

Ern. Es mi regalo.

J. María Reflexiona que es demasiado... demasiado grande.

Ern. Te repito que es mi regalo.

J. María ¡Y dedicado!

Ern. ¿Me lo desprecias?

J. María — No... pero ver siempre a esa mujer, ¡y de tamaño natural! Ya que tienes ese capricho, hazme una miniaturita; pero una ampliación, no.

Ern. — Entonces...

J. María — Guárdalo y si algún día tienes la más ligera duda de tu marido, lo sacas; pero hasta entonces, no.

Ern. — Bueno, José María.

J. María — En la guardilla estará muy bien esa señora.

Ern. — De dónde no debiste sacarla nunca.

J. María — Perdóname. (La abraza; el piano empieza a tocar nuevamente la consabida habanera.) ¡Ya toca solo! ¡La costumbre!

Ern. — ¡José María!

J. María — ¡Ernestina!

(Vuelven a abrazarse y cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

3 noviembre 1918

NOTA IMPORTANTISIMA

El autor ruega encarecidamente a los directores de escena, que no olviden que el efecto final de la comedia depende, en gran parte, del retrato de la señá Ignacia. Conviene que sea una ampliación del mayor tamaño posible, con objeto de que se vea desde todas las localidades del teatro.

Obras del mismo autor

Pasacalle, sainete lírico madrileño, en un acto y en prosa, dividido en cuatro cuadros, original, música del maestro Valverde (hijo). (1)

Calabazas, entremés cómico-lírico en prosa, original, música del maestro Chapí.

La joroba, cuento cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro Chapí. (1)

El incierto porvenir, comedia en dos actos y en prosa, original (Segunda edición).

Los niños de Tetuán, pasillo cómico-lírico-taurino en un acto, dividido en cuatro cuadros y un intermedio, en prosa, original, música de los maestros Torregrosa y Calleja.

El sexo débil, sainete en dos cuadros y en prosa, original. (Cuarta edición).

La cocina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La Redacción, sainete en un acto y en prosa, original.

El ama seca, zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa, música del maestro Calleja.

El mejor de los mundos, entremés en prosa, original.

¡Que nos entierren juntos! entremés en prosa, original.

El entierro de la sardina, sainete en un acto y en prosa, original, música del maestro Calleja.

La afición, sainete en un acto, dividido en dos cuadros, original.

La real gana, sainete en un acto y en prosa original. (Segunda edición.)

¡¡¡Pum!!! monólogo en prosa, original.

La triste viudez, entremés en prosa.

Mantequilla de Soria, zarzuela en un acto, original, música del maestro Roig.

La gran familia, comedia en dos actos y en prosa, original.

Lo que no se tiene, comedia en tres actos y en prosa, original.

---

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

PRECIO: DOS PESETAS